



**Universidad Autónoma de Querétaro**  
**Facultad de Psicología y Educación**

**“Conceptualizaciones de la angustia: un recorrido por la obra de Freud”**

Tesis

Que como parte de los requisitos para  
obtener el Grado de  
**Maestra en Psicología Clínica**

Presenta

**Ameyally Donaji Santiago Pérez**

Dirigida por:

**Dr. Carlos Gerardo Galindo Pérez**

Centro Universitario, Querétaro., Noviembre de 2024.

La presente obra está bajo la licencia:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>



CC BY-NC-ND 4.0 DEED

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

### Usted es libre de:

**Compartir** — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

### Bajo los siguientes términos:



**Atribución** — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.



**NoComercial** — Usted no puede hacer uso del material con [propósitos comerciales](#).



**SinDerivadas** — Si [remezcla, transforma o crea a partir](#) del material, no podrá distribuir el material modificado.

**No hay restricciones adicionales** — No puede aplicar términos legales ni [medidas tecnológicas](#) que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia.

### Avisos:

No tiene que cumplir con la licencia para elementos del material en el dominio público o cuando su uso esté permitido por una [excepción o limitación](#) aplicable.

No se dan garantías. La licencia podría no darle todos los permisos que necesita para el uso que tenga previsto. Por ejemplo, otros derechos como [publicidad, privacidad, o derechos morales](#) pueden limitar la forma en que utilice el material.



**Universidad Autónoma de Querétaro**  
**Facultad de Psicología y Educación**  
**Maestría en Psicología Clínica**

## **“Conceptualizaciones de la angustia: un recorrido por la obra de Freud”**

Tesis

Que como parte de los requisitos para obtener el Grado de

**Maestra en Psicología Clínica**

Presenta

**Ameyally Donaji Santiago Pérez**

Dirigida por:

**Dr. Carlos Gerardo Galindo Pérez**

Dr. Carlos Gerardo Galindo Pérez

Presidente

Dr. Carlos Alberto García Calderón

Secretario

Dra. Araceli Gómez García

Vocal

Dra. Alejandra María del Mar Carrillo Hernández

Suplente

Mtro. Germán Rodríguez Sánchez

Suplente

Centro Universitario, Querétaro, Qro.

Noviembre, 2024.

México

## RESUMEN

El objetivo de la presente investigación consiste en ahondar desde el psicoanálisis en la noción de angustia, especialmente para dar cuenta de los virajes que en las elaboraciones teóricas de Freud y Lacan les hicieron retornar, al tratarse de un concepto interminable e inagotable en su estudio. Dada la naturaleza del tema, se trata de un estudio descriptivo que procurará una revisión cuidadosa acerca de elementos teóricos que dieron sustento a la teoría de la angustia en psicoanálisis, implicando la lectura de las obras de Freud donde se registran los primeros indicios como registros de la primera y segunda teoría de la angustia, para acentuar una contralectura con algunos puntos de la obra de Lacan los alcances de la teoría de Freud.

Lo anterior posibilitará dar cuenta de la construcción de tal concepto y al mismo tiempo responder las implicaciones de eso nombrado “angustia”, destacando así los puntos de convergencia y diferenciación de las tesis fundamentales de cada autor, como los efectos que en la clínica se pueden advertir.

### **Palabras clave**

Angustia, síntoma, fobia, neurosis obsesivas, objeto *a*, señal, afecto, cuerpo, Otro.

## **ABSTRACT**

The aim of the present research is to delve from psychoanalysis into the notion of anxiety, especially to account for the turns that in the theoretical elaborations of Freud and Lacan made them return, as it is an endless and inexhaustible concept in its study. Given the nature of the subject, this is a descriptive study that will seek a careful review of the theoretical elements that gave support to the theory of anxiety in psychoanalysis, involving the reading of Freud's works where the first indications are recorded as records of the first and second theory of anxiety, to emphasise a counter-reading with some points of Lacan's work and the scope of Freud's theory.

This will make it possible to account for the construction of such a concept and at the same time to answer the implications of that named 'anguish', thus highlighting the points of convergence and differentiation of the fundamental theses of each author, as well as the effects that can be observed in the clinic.

### **Key words**

Anguish, symptom, phobia, obsessive neurosis, object a, sign, affect, body, Other.

## AGRADECIMIENTOS

A la vida y la posibilidad de acceder al lenguaje para permitir desgranar el advenimiento de una inquietud que germinó en ese momento desde la intimidad de mi análisis junto a mi analista, donde despertó el interés por ahondar en el psicoanálisis, tomando el desafío de trasladarme y hacer un nuevo lugar, donde me he permitido deformar para apreciar otros rostros de mí, y de mí con otros.

De manera análoga brotó desde la escucha y lectura en las aulas de la maestría el despliegue y osadía, para ponerle cuerpo a algo que rondaba en el pecho y pensamiento acerca de un tema inagotable que parece convocar lo que se ha ido.

En segundo lugar, a las palabras de otros que me acompañaron y arrojaron en el camino que inaugura ya un punto final como corte, al concluir un tiempo que discurrió entre alegrías, pérdidas, desafíos y reconstrucciones, pasajes en los que el cariño de mi familia fortaleció, apreciando el apoyo brindado en cada uno de mis pasos.

Por otro lado, con profunda gratitud a mi director, por su presencia y templanza para estar, por alentar y orientarme por medio de una lectura puntual con sugerencias para afinar la versión preliminar pese a las discontinuidades y momentos de fuga que parecían volver interminable la finitud del trabajo de investigación hoy presente.

Finalmente, a las amistades y compañeros por creer en mí, con quienes compartí recortes de este trabajo y en un rebote de ideas me permitieron reformular la redacción, ahondando en elementos y considerando también el llevar a otros espacios una continuidad de lo aquí no abordado.

## INDICE

Resumen.....	iii
Abstract.....	iv
Agradecimientos.....	v
Introducción.....	7
Capítulo I. Las teorías de la angustia en el campo de la fisiología y la metapsicología freudiana.....	11
1.1 La inmanencia de la sexualidad en la primera teoría de la angustia.....	12
1.2 Distinción entre las neurosis actuales y neurosis de angustia.....	14
1.3 Acerca de las características y condiciones en que acontece la angustia.....	17
1.4 La teoría de la defensa articulada a la noción de angustia, hacia la segunda teoría en Freud.....	24
Capítulo II. La teoría de la angustia en Freud, entre la segunda tópica y la segunda teoría de las pulsiones, en torno a las neurosis, histerias y fobias.....	41
2.1 Puntos de cruce y distinción respecto a síntoma y angustia.....	42
2.2 Una aproximación a la concatenación de la angustia con formaciones sustitutivas.....	48
2.3 Variantes de la angustia, entre angustia neurótica y angustia como señal.....	59
2.4 Miedo y angustia, un acercamiento a la relación con el objeto en Freud.....	62
Capítulo III. Entre la segunda teoría de las pulsiones con relación a las neuropsicoisis y la segunda teoría de la angustia en Freud.....	71
3.1 Acotaciones en torno al yo como sede de la angustia.....	75
3.2 La función de la inhibición ante la irrupción de la angustia.....	77
3.3 El síntoma.....	79
3.4 El estudio de la angustia a partir de la constitución del síntoma.....	83
3.5 Efectos del superyó en determinada formación de síntoma: las neurosis obsesivas.....	88
3.6 Alcances de la segunda teoría de la angustia en Freud, desde una contra lectura con la teoría de Lacan.....	95
Conclusiones.....	101
Bibliografía.....	105

## INTRODUCCIÓN

El texto que precede es en cierto modo la configuración de palabras en hilos que se tejen de forma intermitente, con líneas de fuga, puntos de encuentro y distanciamiento, espirales articuladas con afectos que toman la escritura como vía para dar forma a la zozobra que me habitó al considerar la revisión teórica y los alcances de un concepto central como lo es la angustia en el encuentro y roce con otros, especialmente el enigma se fue acrecentando al enunciarse reiteradamente en espacios donde psicoanálisis y clínica convergen.

Entonces, con una retahíla de incógnitas apuntaladas en esclarecer las condiciones en que se construirá la noción de angustia, con la apuesta de un posicionamiento genuino para no obviar y dar paso a encontrar en lecturas, lo propio que convoca, así como los agujeros que interrogantes trazan en lo sabido académicamente, es que van a suscitar el dar forma a ideas, inquietudes y palabras a disposición de una mirada tan preciada como los lectores.

En ese marco, la presente tesis tiene por finalidad, dar cuenta, de los antecedentes en el psicoanálisis sobre el abordaje de la angustia, concretamente para su estudio. Lo cual, trae aparejado las elaboraciones que parten de la clínica e inciden en la conformación de la construcción conceptual. Encausando movimientos de ida y vuelta que apelarán a considerar un detalle, es decir que aquello que no termina de decirse, para lo que no ha alcanzado una palabra, marca la ausencia que impulsará replantear premisas, concatenando elementos para intentar traducir el enigma de la angustia con una narrativa que remite la lectura desde el psicoanálisis con textos de Freud principalmente, mismos que serán secundados con la articulación y distinción de las formulaciones que ubicaremos en Lacan, de quien se retomarán únicamente puntos de lectura que permitan subrayar el alcance de la teoría freudiana.



Lo anterior apuntala a discernir en términos conceptuales las aportaciones que constriñen a cada uno de los autores en su estudio, a la vez que los efectos que se anudan al pensar en la clínica.

En ese sentido, se plantean una serie de temáticas que nos posibilitan formular las problemáticas, hipótesis y constructos teóricos que arrojan el tema de la angustia. Entre estos hemos de destacar el antecedente que proviene del campo de la fisiología, aspecto no ajeno a Freud en sus primeras incursiones científicas, donde atisbamos la preponderancia que juega el papel de la sexualidad y los primeros lineamientos que marcaran el curso de la metapsicología freudiana.

Recorrido que tomará como punto de partida el escenario y condiciones que participarán en la elaboración de la primera teoría de la angustia, dando paso a la distinción de las neurosis actuales sustentadas desde un referente físico, con miras a plantear un detalle, se trata del camino que llevará hacia las neurosis de angustia, al dar cuenta de los elementos que participan, especialmente al situar la injerencia de la teoría de la defensa, pues esto como veremos constituye un parteaguas en la óptica formulada.

Precedente que dará paso a desarrollar la articulación de la segunda teoría de la angustia con la segunda tópica, así como las entidades que la conforman y su enlace con la segunda teoría de las pulsiones en torno a las neurosis, histerias y fobias. Lo que implicara la revisión y distinción conceptual que convoca síntoma de angustia, ubicando sus puntos de encuentro como efectos.

De manera tal que, durante el segundo capítulo acorde con la concepción de eso denominado angustia, posibilitara anotar además su relación con las formaciones sustitutivas, concretamente los sueños y fantasías, recuperando pasajes clínicos del caso Hans, donde el análisis nos permitirá discernir diversos matices de angustias, entre ellas neurótica y de señal, siendo esta última la que tendrá eco con los recortes teóricos que retomaremos de Lacan, particularmente para subrayar el distingo entre uno y otro autor.

A su vez, el estatuto de la teoría freudiana como observaremos en este punto hará necesario precisar la articulación de la noción de objeto en Freud y su enlace con la angustia, en ese tenor se destacara la diferenciación con el miedo y terror, advirtiéndose además con una lectura análoga, lo que en Lacan se esboza con la invención de objeto *a*, enunciando de forma sucinta las distinciones teóricas.

Dando continuidad a la propuesta de la teoría freudiana, hacia el tercer capítulo abordaremos de manera puntual las acotaciones del yo con la angustia, concretamente al ubicarle como sede de la misma, donde también se anudarán los efectos del ello como del superyó en las neurosis obsesivas.

El abordaje de los elementos descritos nos llevara en una recta final, para considerar cómo en la práctica del psicoanálisis el manejo del uso conceptual a nuestro parecer es un asunto delicado e interminable, pero además vedado por una demanda de tiempo y medida para quienes nos convoca; pues sólo a partir del tránsito teórico/práctico es posible discernir la rigurosidad en el estudio de los conceptos y las particularidades de cada uno de ellos.

De manera que abordar la noción de angustia reside puntualmente en aclarar y por ello no obviar la trascendencia y los constructos que se van anudando a ésta.

Revelando la inquietud e interés que nace con una doble dirección: la primera, al considerar que se trata de un concepto trascendente en los escritos de Freud, dado que la revisión de literatura nos confirma la dedicación de una parte considerable en su obra en distintos momentos y tiempos, lo que remarca que se trata de un concepto sujeto a constantes reelaboraciones y retomado en la posteridad por autores como Lacan, que escribe un seminario completo y le confiere un viraje teórico que abona al campo de su estudio.

La segunda, al plantearnos la lectura que de ella se realiza y se transmite, en el entendido de situar qué se intenta decir con “angustia”, qué lugar se le concede respecto al síntoma o qué se juega con ella. De ahí que el entrecomillado no sea fortuito, sino enfatiza que tal concepto merece ser estudiado y repensando en

tanto se articula a los padecimientos que encarnados en un cuerpo llegan a la clínica, como la dirección de las intervenciones que se efectúan.

Especialmente al encontrarnos con la petición de analizantes que dirigen al analista, decodificar, incluso curar aquello por lo cual adolecen bajo la demanda de ser atendidos como una posibilidad para despojarse de lo que tiende a angustiarles, oscilando una particularidad respecto al cuerpo, a saber; que en éste habitan y al mismo tiempo les resulta lo más enigmático, desconocido y desobediente. .

Dado que el cuerpo como veremos será terreno fecundo de síntomas y afectos que lo atraviesan, constituyen o se imponen y que apelan a través de las palabras en ser escuchados; de ahí que la cuestión sea plantear las condiciones de un otro que posibilite alojar tal escucha y el análisis que de ello se suscite.

Ante este panorama, lo anterior contextualizara la lectura que se asume de un concepto, como su uso teórico en la transmisión del psicoanálisis engarzado con distintas aristas: lo clínico, académico como los recintos de divulgación que posibilitan encuentros para releer y replantear lo que hizo a Freud y Lacan retornar al estudio de la angustia y en cada retorno volver a conceptualizar sus implicaciones.

## **CAPITULO I. Las teorías de la angustia en el campo de la fisiología y la metapsicología freudiana.**

Inicialmente el estudio de la angustia en la teoría freudiana, puso de relieve cómo los primeros fundamentos de Freud, se encontraban atravesados por los paradigmas de un acentuado positivismo en que osciló; particularmente porque inmerso en un contexto atiborrado de cientificismo apeló por el reconocimiento de los aportes del psicoanálisis, y que esto le concediera un lugar entre las ciencias naturales. Motivo por el cual elabora un esquema teórico (por cierto, susceptible a posteriores elaboraciones) de conceptos inscritos en el campo de la fisiología.

Recordemos que Freud, había centrado su interés en la neurología, especialmente en explicar los fenómenos de la psicología en términos neurofisiológicos; asidero al que se ciñe para dar cuenta de la dinámica que yace en los padecimientos que atañen a los pacientes durante los albores del siglo XIX.

Se trata de un periodo marcado por el tinte de la ilustración y caracterizado por conceder un estatuto a la razón y a las variadas explicaciones que se sirven de ella en el estudio del hombre, lo que denota una época en la historia acentuada por la efervescencia de hallazgos y aportes enmarcados estrictamente en el campo científico, mismos que se encuentran además vedados por un discurso que goza de prestigio y que se torna semillero, donde comienzan a dibujarse los trazos del psicoanálisis.

De acuerdo con este precedente, consideramos imprescindible puntualizar las enseñanzas que influyeron en Freud, encontrando: la psicología de Herbart y Brentano, como la fisiología positivista de Brücke y de su maestro Meynert, todas ellas inscritas en un marco científico que aborda el estudio de los padecimientos del cuerpo desde la óptica neurofisiológica; y que se vuelven referentes en el pensamiento y teoría de un primer Freud.

## **1.1 La inmanencia de la sexualidad en la primera teoría de la angustia**

Un elemento a considerar en el desarrollo de la teoría freudiana de la angustia, es el papel preponderante que se le concede a la sexualidad. Destacando con esto, no sólo el papel que ésta jugara en el psicoanálisis, sino además, por el contexto enmarcado en una sociedad con un clima conservador, moralizante, propio de la época victoriana, que sostenía el estigma y pudor ante temas recientes que pusieron el acento en las vivencias sexuales de los pacientes que llegaban al consultorio de Freud, y que revelaron una especie de inhibiciones y represiones ancladas a la sexualidad como base de síntomas recurrentes. A partir de lo cual, es harto frecuente escuchar una constante, a saber, que Freud realizó afirmaciones adelantadas para su tiempo bajo un lineamiento riguroso de premisas teóricas sujetas a reelaboración.

Pasaje que nos aproxima a las condiciones que retratan el escenario en el que se va construyendo una primera concepción teórica de la angustia, la cual comienza a gestarse con el tratamiento de pacientes neuróticos, en los cuales Freud va a sostener primariamente que la causa remite un enlace entre la angustia y la sexualidad, concediendo por tanto, una valiosa importancia al factor sexual y la relación con éste. Cuestión que atestigua al principio en casos de mujeres y posteriormente con varones; aunque ambos terminan por confirmarle las implicaciones de lo sexual en torno a la angustia, observación que decanta Freud cuando refiere "...la fuente de la angustia no ha de buscarse en lo psíquico" (Freud, 1986, I: 229)

En ese orden, lo que aparece es una reiteración que acentúa el influjo de un factor físico, es decir el sexual. Premisa inicial que sostiene Freud, en la descripción de una gama de casos (por ej. angustia por abstinencia, insatisfacción, coito interrumpido) donde afirma que las manifestaciones de la angustia se muestran en el cuerpo, no obstante, pese a que ahora sabemos que su aparición obedece a un vínculo con la noxa sexual, aún resta esclarecer el mecanismo por el cual se pone en marcha. En ese sentido, Freud va a señalar

que ante la acumulación de una tensión, además imposibilitada de descarga surge la angustia.<sup>1</sup>

Lo anterior se entiende al colegir el siguiente mecanismo; el crecimiento de la tensión de manera continua alcanza cierto quantum dentro de un umbral, y en consecuencia la reacción despierta un afecto sexual que apunta a satisfacerse, sin embargo, dado que no hay las condiciones para ser tramitado, lo que aparece en todo caso es: "...la tensión física no ligada psíquicamente que se muda en... angustia" (Freud, 1986, I: 232)

Anunciándonos con ello una cosa, que un afecto sexual parece imposible de tramitarse en virtud de ser procesado psíquicamente, y como consecuencia de su trabazón para descargarse en lo psíquico, dicha acumulación de tensión física buscará una salida, una línea de fuga que será facilitada por medio de la descarga en lo corporal, y evidente ante la mirada clínica. Apuntando en todo caso, el fracaso de lo psíquico, que se ve rebasado para tramitar un cumulo de tensión traducido como excitación difícil de asimilar; denotando el impacto que produce cierta carga, descrita bajo la noción de cantidad. Desde luego, el uso del término excitación Freud lo va a emplear para referir que se trata de una energía que no cesa, que tiende a incrementar y deviene en tensión.

Lo que admite una articulación preliminar entre excitación y angustia, consideración que se aborda en el manuscrito F, donde Freud refiere que: "...se genere angustia a raíz de un acrecentamiento ocasional de la excitación somática." (Freud, 1986, I: 236)

Cabe mencionar que lo que Freud en este momento nombra originariamente como "suma de excitación", será reemplazado conceptualmente como monto de energía.

---

<sup>1</sup> Freud describe en el manuscrito E (1894) ¿cómo se genera la angustia?, una premisa inicial que le permita justificar desde los parámetros de la ciencia, una explicación en términos lógicos para dar cuenta que, ante una acumulación de tensión, se suscita la angustia.

Asimismo, más adelante Freud establecerá una relación entre afectos<sup>2</sup> y excitación, que aunque abordaremos en otro momento vemos por ahora importante subrayar un elemento que aparece ya en “Estudios sobre la histeria” (1893-1895), se trata de conciliar que los afectos son acompañados por un acrecentamiento de excitación.

Aunque conceptualmente el afecto no es equiparable con una suma de excitación, lo que nos interesa es destacar que ambos elementos participan en una relación dinámica, donde se engarzan de tal manera que, una cantidad de energía se convierte a nuestro parecer en el impulso que moviliza o despierta determinados afectos, bajo la ejecución del principio de constancia.

## **1.2 Distinción entre las neurosis actuales y neurosis de angustia**

Respecto a la ejecución del presunto mecanismo, es decir de constancia, Freud encuentra presente una relación entre dicho mecanismo y el síntoma de lo que denominó primeramente, neurosis de angustia,<sup>3</sup> categoría que incluye en las llamadas neurosis actuales, donde ubicará también la neurastenia. Lo que hizo necesario plantear la nosología para cada entidad de tal forma que permitiera esclarecer la etiología de las neurosis de angustia.<sup>4</sup>

Si previamente aludimos que las neurosis de angustia son enmarcadas dentro de las neurosis actuales es en parte para puntualizar una cosa; aquello nombrado inicialmente angustia se revela en el cuerpo, no obstante, resta averiguar de dónde retoma y a la vez sostiene Freud tal premisa. Es decir, ¿a qué

---

<sup>2</sup> La elucidación acerca de la naturaleza de lo que Freud más tarde va a referir como afectos será descrito en la Conferencia 25 de Introducción al psicoanálisis. Por lo cual en este punto aún asumimos cierta influencia de la fisiología y neurología.

<sup>3</sup> Freud en el texto: “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia” (1895) argumenta la diferenciación con la finalidad de pesquisar la etiología de las neurosis de angustia.

<sup>4</sup> Acerca de la angustia, sabemos que su estudio fue a menudo un enigma para Freud, por lo cual consagró un estudio reiterado que ofreciera los elementos para describir y explicar en qué reside la particularidad de ésta durante distintos momentos de su vida que fue plasmando en su obra.

obedece que las manifestaciones de la angustia las coloque en un primer momento en el cuerpo?

Partimos por tanto, del predominio de las corrientes teóricas que tuvieron auge en el recinto académico, dado que Freud en sus años de formación durante el siglo XIX no fue indiferente al estudio de la neurastenia. Categoría clínica estudiada por George Beard<sup>5</sup> quien confiere cierta primacía del cuerpo humano, como terreno fecundo de investigación, a partir del cual se despliegan nociones teóricas encaminadas a explicar los recientes fenómenos psíquicos que comenzaron a diseminarse en la academia, de manera que como describe Pizarro citando a Rabinbach emerge una:

“...tendencia de los pensadores del siglo diecinueve a equiparar lo psicológico con lo físico y a situar al cuerpo como el lugar donde las deformaciones y las dislocaciones sociales pueden ser más fácilmente observadas” (Pizarro, 1992: 279)

La apreciación del cuerpo del hombre va configurando entonces, un notable interés como objeto de estudio sobre el que navegan diversas disciplinas y discursos, entre ellas la psicopatología, que inscribe una reciente entidad clínica conocida como neurastenia para nombrar las enfermedades nerviosas, referente que evidentemente será retomado por Freud, y que nos permite además ilustrar una notable influencia de Beard, al atribuir como causa de dichas enfermedades una base física. Atendiendo pues, al presunto origen que Beard enfatiza respecto al factor somático, encontramos como antecedente de la cúspide del término neurosis, el aporte de William Cullen,<sup>6</sup> que previamente había nombrado las afecciones de procedencia neurológica, como enfermedades nerviosas.

---

<sup>5</sup> Médico americano que inaugura el estudio de la neurastenia, especializándose en el tratamiento de la misma y sentando las bases físicas de dicha enfermedad nerviosa.

<sup>6</sup> Médico Escocés que introduce el concepto de neurosis, el cual en la posteridad será retomado por Willis y Sydenham en el siglo XVII para describir la noción de enfermedad nerviosa, apreciaciones que son recogidas por López Piñero en el texto: “Los orígenes históricos del concepto de neurosis “de 1985, donde aborda la evolución desde los inicios de la patología del último tercio del siglo XVII hasta la demostración de la patogenia psíquica a fines del XIX.



Al mismo tiempo, un punto de igual importancia que no desestimados, es recordar que en el psicoanálisis el término neurosis ocupa un lugar central, de ahí que consideremos relevante retomar a grosso modo a fin de ubicar su procedencia y resaltar consigo un detalle: “Antes de Cullen, la neurosis era un fenómeno ignorado, una desatención intelectual a la realidad clínica.” (Rivera et. al, 2007:176).

De esta forma, el acento que colocan los aportes de Cullen aunado a Willis y Sydenham, conceden un estatuto y lectura de la enfermedad nerviosa que en su momento influyen en la propuesta de Freud pero que análogamente lo llevarán a cuestionar (se) la neurología de su tiempo, y en consecuencia, un intento por discernir dentro de las neurosis actuales la neurastenia de la neurosis de angustia, desarrollando un texto en apariencia inédito, que le posibilita especular y al mismo tiempo escribir sobre el fenómeno de la angustia.

Así, durante la transición de tal escrito Freud encontrará que su inquietud no es enteramente particular, sino compartida con los trabajos del médico E. Hecker, que le precedían y abordaban el estudio de la angustia con una salvedad, a decir de Hecker, éste no reparó en distinguir las manifestaciones entre neurastenia y los síntomas de angustia.

Razón por la cual cobra sentido lo que Pizarro subraya al decir:

“...aquel factor etiológico inexplorado era, sin lugar a dudas, el factor sexual, elemento que en los desarrollos freudianos se transformará, no sólo en la causa última de la neurastenia, sino en el origen de toda forma de neurosis.” (Pizarro, 2012: 283).

Es muy probable si a esta altura no es claro a qué responde el posicionamiento por el que se hace hincapié en lo sexual, salvo por lo que hemos dicho con antelación, respecto a considerar que las experiencias ante vivencias

sexuales<sup>7</sup> fueron contenidos que se llevaron con frecuencia al consultorio, demandando una escucha particular que Freud atendió, pero que sabemos llevo un tiempo de gestación que permitiera las condiciones para sentar las bases de lo que constituiría el psicoanálisis.

Lo que medianamente permite esbozar de momento, los indicios del estudio en el campo de la angustia, develando que no se trata en modo alguno de un asunto univoco, siquiera nítido, causa de ello lo denota la reiteración de Freud para profundizar en la fuente de ésta e identificar los síntomas bajo los cuales se nos muestra; acotando una descripción primaria y quizás bastante general al principio con el cuadro clínico de las neurosis de angustia, a fin de avistar sus manifestaciones.<sup>8</sup>

### **1.3 Acerca de las características y condiciones en que acontece la angustia**

Con relación a las cualidades específicamente de la angustia, consideramos oportuno señalar que en distintos pasajes de la obra freudiana, la angustia es remitida como: sensación, otras como estado y algunas más como sentimiento.

Acepciones ciertamente divergentes que no hacen sino aperturar la forma de concebir su complejidad. De tal manera que:

“La angustia es, pues, en primer lugar, algo que sentimos. La calificamos de estado afectivo, aunque no sepamos bien lo que es un afecto. Como sentimiento, presenta un carácter francamente displaciente...pero además de este carácter peculiar, difícilmente

---

<sup>7</sup> En la introducción del capítulo “A propósito de las críticas a la neurosis de angustia” 1895. Freud señala con base en su experiencia clínica que la etiología de las neurosis reside en la sexualidad, aseveración que quebranta las doctrinas en boga.

<sup>8</sup> Freud describe y traduce en una primera fase como expresiones de la angustia, una serie de reacciones somáticas que para enfatizar y ciertamente sostener, el postulado inicial que refería la angustia como una trasmutación de la tensión, misma que encuentra la salida a través de la descarga física.

aislable, corresponden a la angustia sensaciones físicas más precisas”.  
(Gómez, 2010:169)

Sensaciones que se inscriben en el cuerpo y se expresan a través de una evidente serie de inervaciones corpóreas que tienen impacto en la respiración, frecuencia cardíaca, falta de aire, transpiración o vértigo. Y, a decir de éstas, inferimos que el hilo conductor que las dirige en común es, estimular una reacción que advierta por medio de su efecto, la alerta cuando estamos ante un presunto peligro, ante una vivencia que evoque un riesgo. Acotación que según encontramos en la clínica, despierta un sentimiento de malestar (referido siempre que es posible articular) en los pacientes; como una especie de lastre encarnado en el cuerpo, del cual no resulta sencillo despojarse, incómodo pero que además, parece reanimarse en tanto nos encontramos en una situación de peligro; lo que nos confiere una condición humana frágil, susceptible y primordialmente desvalida, ésta última es latente pues cuando la criatura humana es expulsada de su madriguera con el nacimiento; acto que simboliza la vida como péndulo de éste.

En ese tenor, Freud anuda la experiencia del nacimiento para destacar que en aquella vivencia, el cuerpo es avasallado en demasía por incontables excitaciones; en otros decires el acto del nacimiento viene a representar un peligro para la continuidad de la vida, dado que el humano tropieza con la posibilidad de su anulación, es decir de la muerte. Por tanto como arguye Freud:

“...el estado de angustia es la reproducción de una vivencia que reunió las condiciones para un incremento del estímulo... y por eso nos inclinamos a ver en el estado de angustia una reproducción del trauma del nacimiento”<sup>9</sup> (Freud,1986, XX: 126)

---

<sup>9</sup>En el texto “Inhibición, síntoma y angustia” Freud va a desplegar que la angustia nace como reacción a un estado de peligro y se reproduce cada vez que se presencia una experiencia que remonta un estado similar. Elemento que retoma de Otto Rank acerca de la impresión que significa el nacimiento y profundizando en el estudio del mecanismo de las fobias infantiles como el caso de Hans.

Retomamos la escena del nacimiento para situar un momento álgido, que nos permita apreciar la primera querella con la que se topa el humano, quien por cierto tuvo que defenderse bajo las reacciones que emitió el propio cuerpo, como algo desconocido incluso ajeno para sí mismo, al separarse biológicamente de la madre, y como preámbulo para instalarse a otra forma de vida fuera ya del útero. La diferenciación y separación comienza recién a dibujarse.

De seguir esta lógica resulta asequible señalar que, aquel evento bosqueja el rastro que divisa sino el origen, al menos una de las primeras expresiones que tenemos de la angustia en el campo físico, con un cuerpo sometido a una excitación que sobrepasa a un infante, quien desconoce lo que sucede y no cuenta todavía con los recursos para tramitar psíquicamente una serie de sensaciones que se le imponen, que no pasan por el lenguaje y que además inauguran, una escena donde advierte el riesgo para la conservación de la vida, no hay lugar para la palabra, sino sensaciones y un trozo de carne recién nacido al que prontamente se le demanda un sollozo para confirmar su existencia.

Se despliegan entonces dos apreciaciones: la primera, considera el llanto como señal de que hay respiración y en consecuencia vida, mientras que la segunda, asume el sollozo como una vía facilitadora de descarga ante la tensión que representa tal pasaje; momento en el que claramente se desencadena la angustia.<sup>10</sup> Misma que por ahora traducimos como aquello que no se contiene, que parece quedar suelto y desborda.

Cabe mencionar que en el caso del infante, no se trata de una tensión de naturaleza sexual como lo hemos referido para el caso de los adultos, por lo cual el elemento que se afianza ante las distintas situaciones previamente expuestas en torno a la angustia encuentran en común el cuerpo como tapiz, donde se vierte el efecto que despierta la exposición a un quantum derivada de una vivencia, pero con la excepción de no saber lo que ésta viene a representar.

---

<sup>10</sup> En el texto: "Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia" (1986, III: 85), Freud advierte en una nota que la psique cae en la angustia, a la cual refiere como afecto, cuando se sabe incapaz de asimilar un peligro externo que se aproxima.

En consecuencia, si algo podemos adelantar es que la reacción de descarga a nuestro parecer suspende la posibilidad de traducir lo que ahí se pone en juego, dado que aún no tenemos claridad o al menos a nivel teórico no figura algún contenido que se articule o asocie a lo que se asume como peligro, o siquiera lo que éste evoca, y que no es posible que sea enteramente inserto a la cadena del lenguaje; suspendiendo parcialmente las coordenadas que nos aproximarían a una lectura psicoanalítica.

La dinámica de cómo se moviliza el monto de excitación en el trauma de nacimiento permite en todo caso articular y favorecer, justamente la premisa recurrente que Freud justifica en las llamadas neurosis de angustia cuando argumenta: “...*el mecanismo de la neurosis de angustia haya de buscarse en ser desviada de lo psíquico la excitación sexual somática y recibir, a causa de ello, un empleo anormal.*” (Freud, 1986, III: 108).

En gran medida tal suposición nos revela el esfuerzo freudiano por sostener un planteamiento, a saber, que aquel monto de energía en el caso de las neurosis actuales al desviarse, obtura la posibilidad de desenvolver un trabajo psíquico y en adelante articular una representación como registro, como escritura.

Muy por el contrario a esta posibilidad, lo que encontramos es, un monto de energía que tiende a encauzarse de manera inadecuada, no consigue llegar al destino y tampoco obtener la satisfacción esperada, condición preliminar para el advenimiento tanto de la neurosis de angustia, determinada por una etiología de procedencia somática.

Análogamente al planteamiento de Freud, Laplanche afirma:

“La acumulación de excitación somática, que es causa de la angustia, nunca ha quedado explicada directamente por la ausencia de descarga o de orgasmo. Lo que hay, en primer lugar, es ausencia de psiquización, ausencia de simbolización de la excitación somática”. (Laplanche, 2000:48)

Ahora bien, ante la idea de ubicar el origen en el cuerpo, sostenemos que no es casualidad, si consideramos que la base orgánica que concedió Freud a las recientes neurosis actuales le permitió un posicionamiento en el campo científico; y facilitó la recepción de su teoría, particularmente porque retomó como fundamentos, la concepción energética del funcionamiento nervioso de la escuela de Helmholtz,<sup>11</sup> así como la fisiología de Brücke. Aportes y referentes teóricos que en su tiempo, contaron con gran aprobación y que en todo caso abonaron para que se sostuviera y leyera un Freud joven, asiduo en sus nociones y conexiones de producir conocimiento entre el estudio de fenómenos psíquicos y pilares científicos.

Con relación al uso inadecuado que se presenta en las neurosis respecto al monto de energía, nace la interrogante de cuestionarnos por un lado, a qué obedece tal imposibilidad, y por otro, en qué repara la desviación de tal tensión, es decir, qué hace respecto a esta última inquietud, que la movilización de energía sea diferente para la neurosis de angustia de la neurastenia. Acerca del mecanismo que implica cada entidad, Freud explica:

“Se genera neurastenia toda vez que el aligeramiento adecuado es sustituido por uno menos adecuado, o sea cuando el coito normal... lo reemplaza una masturbación; en cambio, llevan a la neurosis de angustia todos los factores que estorban el procesamiento psíquico de la excitación sexual somática” (Freud, 1986, III: 109)

A partir de lo anterior, conjeturamos que en la neurastenia acontece un empleo inadecuado del monto de energía, cuestión que es entendible si tenemos presente que el recorrido de ésta implica un punto al que aspira pero perturbada la dirección, resarce la orientación cambiando su curso y ello acarrea cierta insatisfacción; mientras que en la neurosis de angustia lo que suponemos es que se trata de un impedimento a nivel representacional, donde la censura de su paso

---

<sup>11</sup> Hasta aquí es evidente una notable influencia en el planteamiento de Freud, acerca de La teoría conservación de la energía de Hermann Von Helmholtz como la noción de sistema dinámico del organismo elaborada por Brücke en el texto: “Lecciones de Fisiología” de 1874.

escinde el procesamiento psíquico y el enlace que procuraría la facilitación de anudar tal tensión con otras representaciones es endeble, de ahí que quede desligada y devenga en angustia. En cualquiera de los casos lo que se pone de relieve es, que una tensión de naturaleza sexual no consigue satisfacción alguna, dado que en el camino tropieza y fracasa con obstáculos de la vida anímica.

Si bien es cierto, en este punto el mismo Freud atina que no ha descubierto hasta ahora algo que previamente no se haya descrito por la medicina, enuncia acerca de ésta, una marcada postura para omitir, ignorar y escasamente explorar acontecimientos con causas específicas como lo de origen sexual, donde enaltece su aguda observación y enlaza elementos que en la posteridad configurarían el cuerpo teórico de una teoría central en psicoanálisis, la teoría de la defensa.

La tendencia de exhortar el análisis de fenómenos poco estudiados inaugura así, una constante que tempranamente veremos en Freud, nos referimos a la reiterada modificación y crítica a su propia obra, a fin de respaldar sus hallazgos sobre tesis consistentes. Un evidente ejemplo se aborda en el tratado que dedica a las neurosis de angustia, donde hace un llamado ante las objeciones que Lowenfeld hiciera sobre su teoría en marzo de 1895, en *Neurologisches Zentralblatt*.

De entre los argumentos que Lowenfeld retoma para refutar los aportes freudianos, destaca que las neurosis de angustia surgen poco después de un choque psíquico, entendido esto como la secuela de una experiencia que suscitó la impresión ante un evento que despertó terror<sup>12</sup>, suposición que deja de lado la hipótesis freudiana apoyada en la idea de una implicación con un nexo sexual respecto a estas neurosis.

---

<sup>12</sup> En el apartado: "A propósito de las críticas a la neurosis de angustia" 1895, se expone la propuesta y crítica de Lowenfeld con una serie de casos en los que enfatiza un antecedente traumático como primacía y origen de las neurosis de angustia, dejando de lado la tesis de Freud que remite, el efecto de una causa específica de corte sexual a la que se llega tanto como se investigue minuciosamente en la vida del paciente, causa que antecede al evento de terror que según Lowenfeld desencadena angustia.

La dualidad y contraste de dichas ópticas teóricas, incurrirá así en una serie de puntualizaciones que Freud insiste en clarificar, como lo que concierne a la traducción que Lowenfeld hace de su teoría, señalando que, si bien es cierto la tara hereditaria se la toma como un elemento que favorece la aparición de una neurosis de angustia en tanto revela la predisposición de ésta, al mismo tiempo subraya Freud, que el marco referencial postrado en lo hereditario resulta imprescindible, lo que quiere decir que lo hereditario es innecesario para su desarrollo. Si la etiología no repara en asumir como causa unívoca un factor hereditario, es porque encuentra un carácter susceptible de la neurosis para ser adquirida. La particularidad que rige en las neurosis toda vez que han sido adquiridas por no encontrar su origen en una base hereditaria, implica que un monto de energía como previamente esbozamos, esté dirigido en alcanzar una satisfacción parcial; pero al verse afectado por una variación en términos cuantitativos de incremento, ocasiona una perturbación manifiesta en tensión, de ahí que la función del principio de constancia procure mantener una nivelación cuantitativa ante el abrupto acrecentamiento que irrumpe su curso y se articula al mecanismo de censura.

Del factor específico expone Freud: "...cada una de las grandes neurosis enumeradas tiene por causa inmediata una perturbación particular de la economía nerviosa... *y reconocen como fuente común la vida sexual del individuo.*" (Freud, 1986, III: 149).

Según colegimos, aflora como manifestación de la angustia la tensión acumulada en todos aquellos casos donde se averigua un impedimento en la vida sexual,<sup>13</sup> acerca del cual advertimos con anterioridad su tránsito como monto de energía en el intento de ligarse a una representación, inscribir un registro y tramitarse en el plano psíquico, no obstante cuando ello es obstaculizado, la

---

<sup>13</sup> En el apartado "La herencia y la etiología de las neurosis" 1896 Freud enfatiza que ciertos desordenes de la vida sexual ejercen como causas en las psiconeurosis, especialmente una experiencia de orden sexual temprana en la niñez, consideración que articula la teoría de la seducción y confiere una distinción entre estatuto activo en el caso de la neurosis obsesiva, y pasivo en la histeria ante un evento de tal orden.



angustia aparece como una severa imposibilidad para anudar dicha energía con una representación; laxa y perdida en su paso va causando escollos en el cuerpo.

Es oportuno incorporar que nuestra apreciación hasta aquí elaborada, retrata la concepción de la angustia como aquella tensión que no logra ligarse a una representación y en su lugar, transita sobre una base física. Evidentemente cuando hablamos de las neurosis actuales donde son colocadas: la neurastenia y las primeras referencias de las neurosis de angustia, habitamos así el campo y predominio de la fisiología como brazo científico en el estudio del fenómeno de la angustia.

Por lo que sigue, habría que tomar nota de un fino detalle; en este primer periodo no atraviesa la intervención de un presunto mecanismo psíquico llamado represión. Es una fase en la cual tropezamos con notas aisladas sobre los elementos que vendrán a consolidar más tarde la teoría de la defensa y que tendrán su engranaje con el advenimiento de las psiconeurosis.

#### **1.4 La teoría de la defensa articulada a la noción de angustia, hacia la segunda teoría en Freud**

Preludio que antecede a lo que consideramos, una segunda cosmovisión de la angustia, que retoma como punto de partida el texto: La herencia y la etiología de las neurosis 1896, donde Freud explícitamente asienta las bases para la clasificación de las neurosis en dos grupos. A partir de tal distinción, articulará la operación del mecanismo de represión con relación a la angustia y formación de síntomas en tres acepciones: fobia, histeria y neurosis obsesiva.

Aunque podríamos aseverar de cierto modo: "...el acento ya estaba colocado en el concepto de «defensa» o «represión»; aquí se examina mucho más de cerca aquello contra lo cual se hace operar la defensa..." (Freud, 1986, III: 160) ante un enlace que nos acerca a una vivencia de contenido sexual precoz en

la niñez. Ello no esclarece enteramente la forma en que opera tal mecanismo psíquico.

En ese orden, la angustia dejará de ser concebida únicamente como energía libidinal que ha trasmudado, comenzado a ser referida en términos de afecto, lo cual concede un viraje a nivel conceptual que no hemos de desestimar ante la importancia que cobra en el mecanismo de las fobias.

Antes que nada por afecto hemos de precisar que en Freud, ellos no son enmarcados en el plano de un significado convencional o equiparable siquiera con un símil de estima hacia algo, alguien, más bien los afectos son colocados en el cuerpo, causan efectos como reacción a un nivel cuantitativo y de paso configuraran, uno de los componentes esenciales de la representación. De allí, que para Freud:

“Un afecto incluye, en primer lugar, determinadas inervaciones motrices o descargas; en segundo lugar, ciertas sensaciones, que son, además, de dos clases: las percepciones de las acciones motrices ocurridas, y las sensaciones directas de placer y displacer que prestan al afecto...”  
(Freud, 1986, III: 67)

La percepción jugará de ahora en adelante un papel fundamental, ya que su paso por el cuerpo como lienzo donde ha de comenzar a tramitar su registro, se topará con el impedimento de un mecanismo de censura entendido ahora como represión, vale mencionar que las percepciones en su curso se verán inclinadas a conservar material de huellas mnémicas que bien podrían corresponder a recuerdos, conceptos, palabras. Sin embargo, en el trayecto de pretender hacerlas accesibles a la conciencia, tiene lugar el despliegue de displacer.

Dentro de este marco, considerando la función que la censura instala a nivel teórico, secundando a Freud en la Carta 52 expone en torno a la clínica que: “...las peculiaridades de las psiconeurosis por el hecho de no producirse la traducción para ciertos materiales, tendrá algunas consecuencias.” (Freud, 1986, I:

276) es lícito suponer que de alguna manera Freud va anticipando un boceto del aparato psíquico y una aproximación a la dinámica en que tiene lugar la represión,<sup>14</sup> pero también hará un hincapié en el efecto que se produce ante el curso de cierto material que intenta acceder a la conciencia, lo que implica tácitamente el sentido de la desfiguración a la que se ven sujetos determinados contenidos inconciliables, que deformados se muestran carente de sentido, o desestimando el interés para pasar desapercibidos y devenir conscientes.

Se trata entonces de una constante retrascrición a la que se ve sometido el material que recogen inicialmente las percepciones, mutando así la naturaleza de una percepción en cada traducción; de tal condición sustraemos la particularidad del inconciente como fuente inagotable, portando la insignia de un inacabamiento latente y por ello, susceptible a infinitas lecturas que sostienen la posibilidad de reelaborar y repensar nociones teóricas y clínicas en psicoanálisis.

Entonces, toda vez que se traslada el material inconciente captado por las percepciones con miras de destino a la conciencia, sabemos que éste contenido se encontrará parcialmente atravesado por los atolladeros de la represión. A propósito de la cual, Freud describe:

“La denegación (*Versagung*) de la traducción es aquello que clínicamente se llama «represión». Motivo de ella es siempre el desprendimiento de displacer que se generaría por una traducción, como si este displacer convocara una perturbación de pensar que no consintiera el trabajo de traducción.” (Freud, 1986, I: 276)

Pasaje teórico que permite esbozar la condición preliminar que pone en marcha la operación de la defensa, es decir, lo que subyace ante una manifiesta evitación entendida también como resistencia de traer a la conciencia un material

---

<sup>14</sup> El término de represión es desarrollado en torno al reciente estudio del fenómeno de resistencia, que inicialmente se denominó defensa en “Estudios sobre la histeria”. Lo que implica dos cosas: a) la evolución de dicho término y b) el distanciamiento de la hipnosis como método temporal empleado por Freud, dado que su observación exalta que al caer en desuso dicho método, lo que se logra es una proximidad con el núcleo patógeno a través de la regla fundamental de psicoanálisis, nos referimos a la asociación libre.

que pudiese desencadenar un monto de displacer, evidentemente la pugna con la ejecución de la represión recae en no tener noticia de ello y mantener tal contenido alejado de la conciencia, evitando cualquier traducción en palabras, por tanto, separado de un lazo lógico con contenidos preconcientes-concientes, como encomienda de tal mecanismo. En este mismo sentido, cabe destacar el papel del displacer, la angustia surge ante la posibilidad de traducir representantes que conllevan un contenido sexual.

De manera paralela, no escatimamos en puntualizar que la teoría de la represión finca el pilar fundamental que atraviesa y al mismo tiempo sostiene al psicoanálisis. Por tanto, será menester pesquisar las implicaciones de ésta con relación a nuestra línea base de investigación.

Si bien es cierto, previamente aseveramos que el primer planteamiento de la angustia se inscribe en el terreno de la fisiología y es edificado sobre una base de rigor científico de ahora en adelante lo que encontraremos será un cuerpo afectado por efecto de representaciones, lo que conlleva un marcado distanciamiento que posibilite dar paso a la apreciación que se produce con el cruce del mecanismo psíquico de la represión y la angustia.

En ese tenor, los trazos que se despliegan de tal encuentro mostrarán a posteriori, la advertencia de una reestructuración con la que nos toparemos, en parte porque el referente teórico con notable influencia biológica ya no responde enteramente a las inquietudes freudianas; también, porque el reciente estudio con relación a elementos que atañen la vida anímica, será campo fecundo de explicaciones que echaran luz sobre fenómenos poco explorados, de corte inconciente.

Los argumentos vendrán a atestiguar así, la supremacía que se concede a la represión como eje en las tópicas freudianas. Lo que hace necesario enfatizar un punto; la represión no es, no opera sin representación, y por ésta última podríamos traducir sucintamente, como aquella inscripción que a su paso tiende en colocar “algo” que tuvo el precedente de alojarse. Re-presentar da cuenta de volver a

presentar ese algo, vestigio muy probablemente de una vivencia que insiste en repetirse, no el objeto que la dejó, sino la escritura de aquel primer registro que viene a coagularse en representación, cual estela que de tal experiencia se guarece inconciente.

Con relación a los elementos que entran en juego con la represión tenemos pues a la representación, cuya composición consiste por un lado, en tomarse asidero de un factor cualitativo que contempla la idea, y otro de carácter cuantitativo, entendido como un monto de afecto, o llamado moción pulsional, como lo indica el término deriva de la pulsión, lo que significa que, la pulsión ha de colocarse en calidad de representante, porta así disfraz de representante para lo psíquico, para dar lugar a determinadas fuerzas somáticas en el psiquismo.

Precisamente Freud en el texto: Pulsiones y destinos de pulsión (1915) afirma: “Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante.” (Freud, 1984, XIV: 108). Sí algo podemos destacar entonces, es que el representante pareciera ser la condición de pase hacia el psiquismo. Como sabemos, la particularidad de la pulsión es valerse del representante para dar a conocer una fuerza constante y no de golpe univoco, que convoca la lectura de aquello que insiste en mostrarse.

De manera que, la ligadura que la asociación procura en el transcurso del tratamiento es, ciertamente interpelar un enlace que avecine un material de valioso contenido, proximidad que se advierte con los sustitutos de una representación. O bien, al no desestimar las manifestaciones de los retoños del inconciente. Decimos cercano, en el entendido de recordar que el material inconciente que pesquisamos en el análisis cuando falla la represión, no es en modo alguno enteramente aprehensible, ni sinónimo de haber llegado al origen, a la raíz de un síntoma, sino apenas el análisis nos provee un tablero de posibilidades que intenta decodificar las conexiones, determinadas jugadas toda vez que el inconciente hace de las suyas.

Retomando la función de la censura, es notorio que a partir de la escisión que inaugura la represión respecto a la representación inconciliable, lo que tenemos es una hendidura entre representación y afecto que puntualmente leemos en el artículo “Lo inconciente” (1915), cuando se alude: “...en la represión se produce un divorcio entre el afecto y su representación, a raíz de lo cual ambos van al encuentro de sus destinos separados.” (Freud, 1984, XIV: 175-176) quedando el afecto como cantidad energética sin ligadura, tal acción lo que retrata es la dificultad de pesquisar ambos elementos, de hacerlos coincidir, ante una variación infinita de posibilidades aducimos que apenas el análisis da unos pasos sin garantía alguna.

Hasta ahora, se torna comprensible lo que motiva en cierto modo la represión, sin embargo, su movilización es harto sutil dado que como veremos: “La represión no es un mecanismo de defensa presente desde el origen; no puede engendrarse antes que se haya establecido una separación nítida entre actividad conciente y actividad inconciente del alma...” (Freud, 1984,XIV:142).

A su vez, la represión se encuentra sujeta a tiempos en que específicamente se ejecuta. Tiempos que sitúan de entrada un orden y, que fluyen con una lógica que se hace presente por intervalos, da destellos ahí donde un contenido inconciente empuja para emerger conciente. Acorde con esto: “...la represión sólo perturba el vínculo con un sistema psíquico; el de lo conciente.” (Freud, 1984/,XIV:144). Sin embargo, no debemos dejar de lado, que la represión se erige ante la moción pulsional, de ahí la importancia de considerar el supuesto freudiano de: “...una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia representante (*Representanz*) psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión se le deniega la admisión en lo conciente.” (Freud,1984,XIV:143).

Lo primero que precisamos colegir hasta aquí es tomar nota de la cartografía inconciente donde se moviliza la represión, lo cual corresponde con un primer tiempo donde la división se gesta al instalarse una represión primordial que, viene a fundar un sistema diferenciado por dos dimensiones como previamente se señaló es decir lo conciente y lo inconciente, a lo cual valdría la pena añadir que esto

implica un adentro y afuera, principio de realidad y placer, todos ellos como rasgos binarios que interponen en el aparato psíquico un juego de fuerzas, motivo de conflictos psíquicos que subyacen en las formaciones de síntomas.

Un vez inaugurada tal división, tendrá lugar un segundo tiempo, reconocido como la represión propiamente dicha, una represión posterior *Nachdrängen* que opera impidiendo que los retoños psíquicos inconscientes, producto de un primer momento de la represión, establezcan lazos asociativos con contenidos de representación preconscientes-conscientes, lo cual implica un costo a través de la desinvertidura y coninvertidura; el gasto de energía para evitar el displacer como argumenta Freud: "...la condición para la represión es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción." (Freud, 1984, XIV:142).

La amenaza de un presunto avasallamiento de displacer es pues contra la cual se encuentra en querrela la represión, sin embargo, ello no imposibilita la continuidad para la formación de nuevos retoños y enlaces entre representaciones.

Lo precedente es en todo caso, el preámbulo que vimos necesario atenuar para articular el mecanismo de la represión con lo que Freud denominó "Histeria de angustia" dado que se trata, de una noción que va a retomar la represión como mecanismo psíquico en las fobias, y ello en relación a la angustia, tal y como sostiene la lectura rigurosa que Freud realiza en torno al historial clínico de Hans.

Entonces, a partir de la correspondencia que H.Graf, (padre de Hans) envía a Freud encontramos que los informes bosquejan los indicios de la configuración de un síntoma en el niño que, denota una singular expectativa e interés de connotación sexual respecto a lo que llamó el hace pipí.

El énfasis que coloca en este punto el caso de Hans, devela que al tornarse imperativa tal inquietud de orden sexual, su esclarecimiento oscilará frecuentemente entre un vértice externo e interno, movimientos de ida y vuelta que dibujan los trazos del efecto que suscita la concatenación de una triada

constituida por: la represión, representación y angustia en las fobias, estas últimas también entendidas como histerias de angustia. Por ello, las líneas subsecuentes retoman el abordaje de lo que se produce con el cruce de dichas nociones, así como sus alcances.

En esa línea, partimos de la consideración que implica el tierno cuerpo de Hans, como semillero de investigación donde se coloca el punto de arranque, motivo de averiguaciones e interpretaciones, pues será ahí en su cuerpo donde el niño da cuenta primariamente de su “hace pipi”, y enseguida inicia el tocamiento de órganos sexuales motivado por los mimos que le procura la madre a Hans, con manifiesta desmesura y que por cierto, al mismo tiempo que le dota de caricias, instaura bajo una orden inclinada al castigo, la suspensión de dicha acción (nos referimos a la masturbación de Hans).

De tal sentencia que acaece en el niño como freno a los tocamientos, ciertamente sabemos que tal posicionamiento demandando por el adulto, no cesa la curiosidad del pequeño Hans en torno a lo sexual y muy por el contrario, lo que trae tal especie de prohibición, exacerbará más bien la inquietud e interrogación que asalta constantemente al pequeño Hans.

Así, ávido de saber, la observación de éste se postrará sobre objetos externos entre los cuales destaca una serie de mamíferos en los que observa una constante, que ellos son portadores del “hace pipi”, rasgo que tiende a repetirse, y que prontamente ubica Hans, forma parte de la anatomía que corresponde a seres vivos, especialmente en humanos donde colocará el acento.

Aducimos que lo relacionado a la sexualidad irrumpe de sobremanera en Hans, sobre todo porque denota una insistencia que pugna por saber sobre algo que no es claro, pero que parece identificarle y convocarle. De tal modo que la interrogación que habita en Hans, encontrará una inclinación y observaciones que reposa en la veta familiar, por lo cual vemos necesario acotar.



Primero, con respecto al papel de la figura materna, no desestimamos que las notas que recibe Freud, si bien es cierto retratan una madre con una marcada expresión afectiva dirigida a Hans mediante cariños como previamente aludimos, lo que tal narración devela, es que lo que se juega en el vínculo madre-hijo, posiciona en un punto inicial a Hans como receptáculo de tales demostraciones, que se imponen, es decir de manera involuntaria se las recibe o se está de alguna manera sujeto a ello, también acontece en la posteridad que el infante bien pueda clamar y padecer a causa de ellas.

A su vez, un punto de no menor importancia reside en dirimir que los cumplidos o caricias que acuña la madre se tornan fuente de constante hiperexcitación en Hans, y es que en el caso lo que vemos, es claramente la presencia de un monto de energía que rebasa al niño de tan corta edad, pues claramente no hay referente de qué hacer o cómo responder para tramitar la demasía de cariño que despierta en Hans.

De modo que, aquella libido que queda sin salida, fraguada por los mimos queda capturada y pierde la posibilidad de ser tramitada o descargada, condición que propicia una marcada acumulación que consecuentemente es transformada en angustia.

Y es que, la vía para una presunta descarga no es en modo alguno facilitada por la presencia del mecanismo de la represión, que opera sobre todo material que procure alcanzar cierta satisfacción de la libido, a razón de ello, sabemos que la represión tiene efecto sobre: el recuerdo, las ideas, en suma, sobre aquellos elementos que remontan o evoquen algo del orden de la angustia. No es fortuito que en el análisis de la fobia del pequeño Hans, Freud justifique que se trata de:

“...un trabajo psíquico, que es desde el comienzo de ella, para volver a ligar psíquicamente la angustia liberada...así no le queda más alternativa que bloquear cada una de las ocasiones posibles para el desarrollo de la angustia mediante unos parapetos {*Vorbau*} psíquicos

de la índole de una precaución, una inhibición, una prohibición; y son estas construcciones protectoras las que se nos aparecen como fobias...” (Freud, 1986, X: 95).

El interés que pesquizamos de tal consideración es el acento que recae sobre un punto fundamental, a saber, lo irreversible de la angustia, pues toda vez que la libido es transformada en angustia no hay marcha atrás ni sustitución alguna por otro afecto, de manera tal que los intentos por ligar a nivel psíquico la angustia fracasan.

Lo cual trae a colación una serie de implicaciones del orden de la nostalgia que precisamos puntuar cuando Freud expresa: “La añoranza se podría mudar en satisfacción plena aportándole el objeto ansiado; para la angustia esa terapia no sirve, ella permanece aunque la añoranza pudiera ser satisfecha...” (Freud, 1986, X: 24).

Es decir, la angustia no cesa al dotar “tener” al objeto, dado que un rasgo singular de la misma ante la aparente satisfacción del deseo que se obtiene al facilitar el objeto, es que ésta no sucumbe, y las vías de expresión por las que se muestra son variadas, prueba fehaciente de ello es la perturbación que produce en el sueño. Y, a su vez, el sueño entendido como una de las manifestaciones en que opera la formación sustitutiva, mecanismo psíquico que da cuenta de los embrollos que se vale la angustia, a fin de sostenerse y movilizarse.

Por ende, si antes referimos la imposibilidad para descargar la libido una vez que es transformada en angustia, fue en cierto modo para abordar lo que corresponde a uno de los dos laberintos que ésta toma y los efectos que de ello se desprende.

Acerca de la primera vía, partimos de la premisa de ubicar que la angustia se enmarca dentro de una concepción económica, la cual nos muestra una constante, la evitación del desbordamiento de displacer que hace necesaria esa especie de corte que instala la represión. No perdamos de vista que tal displacer

encuentra su fuente en la fuerza constante que caracteriza a la pulsión, en tanto ésta insiste, pugna por ser satisfecha, de ahí que la represión entonces se dirija hacia escenas ligadas a la pulsión, de manera que se reprime lo que la representa y así, se reprime lo que angustia.

Ante este tapiz dinámico que retrata los trazos que la angustia deja a su paso, vemos oportuno desglosar una segunda vía en la que ésta se moviliza y tiene lugar en el sueño, elemento que jugará un papel central en las interpretaciones que se coligen del caso Hans, por lo que ahondar en las implicaciones que giran en torno al sueño, como sede de expresión tomado por la angustia merece un detenimiento que permita situar lo que se juega con ambos elementos angustia-sueño.

Decimos entonces con relación al contenido onírico que constituye al sueño que su manifestación latente o manifiesto, evidente u oculto, en cierto modo apela por el retorno de lo reprimido, por una vuelta que remita el objeto perdido, vertiendo un esfuerzo por traer aquel material inconciente velado por la censura al cerco de lo preconsciente y, ocasionalmente al estrato de la conciencia, aunque las más de las veces, lo que tenemos es que el material que migra de carácter inconciente se vale del sueño tan sólo para aproximarse a la conciencia, cuando los mecanismos de censura ceden parcialmente su guardia.

De acuerdo a la escritura de las epístolas, la narración que parte de los retazos del sueño reparan inicialmente en un abrupto despertar en Hans, ante lo cual la lectura psicoanalítica concede vital importancia de lo que se dice y cómo se dice, así como la construcción que nexos y asociaciones a través del lenguaje se deriven de esto como material susceptible para ser interpretado.

Que el sueño se tome como una vía facilitadora para el retorno de lo reprimido, conlleva a que sea considerado una manifestación de lo que se denominará formación sustitutiva, es decir, una forma en lo reprimido se desplaza y alberga contenidos de corte inconsciente, mecanismo que guarece la pugna de un deseo que busca satisfacerse y en este turno será a través del sueño.

En el historial clínico de Hans, es harto evidente la insistencia que aparece por re-encontrarse con su objeto de amor, y la formación del sueño le concede al niño una posibilidad de satisfacer tal deseo, en el que encripta el regocijo que las caricias de la madre le proveen, tanto como permanecer en el lecho junto a ella.

De tal pasaje teórico se dilucidan dos elementos: el primero, nos indica ya que los sueños encubren el cumplimiento de un deseo inconciente que busca alcanzar una satisfacción por dicha vía y, no así por la contradicción que representa para la conciencia se torna inconciliable dando pauta al desprendimiento de un afecto displaciente; y segundo, que el deseo dentro de la teoría freudiana, pertenece al campo del inconciente, lo que hace comprensible porqué se reprime, sufre de distorsión o desfiguración para acceder a la conciencia; y una forma de hacerlo eventualmente será mediante el sueño.

Por otro lado, cuando en el mismo sueño opera la represión sobre las representaciones (escenas) que intentar pasar a lo preconscious, lo que se desencadena es un afecto displacentero como la angustia, que bien puede poner fin al sueño, pues lo que se desprende por ejemplo en el caso de Hans, es un sueño con relación a la pérdida de la madre, un sueño de angustia que pone manifiesto un elemento clave, la separación de Hans con su madre que atinadamente, Freud recupera con la expresión del niño cuando enuncia: “«Cuando dormía he pensado que tú estabas lejos y yo no tengo ninguna mami para hacer cumplidos».” (Freud, 1986, X: 22)

Entonces si algo advierte Freud es que, en el pequeño Hans la angustia que emerge primariamente se desprende por un acrecentamiento de ternura desmesurado que despierta la madre con los mimos, y que conscientemente al resultar inconciliable es reprimida en un primer momento, ante innegable fracaso lo que acontece en la posteridad acorde a nuestra directriz, es que el afecto tomará la vía alterna del sueño como un prototipo de formación sustitutiva, con el cometido de alcanzar satisfacción alguna. No obstante en el transcurso, el señuelo de la censura bien puede reactivar el displacer, fuente de angustia que depara con la irrupción del propio sueño.

Cabe mencionar que un punto de igual importancia, reside en puntualizar que en la elaboración del sueño participan los mecanismos de condensación y desplazamiento, a decir de éste último, lo que la obra freudiana revela en torno al caso de Hans es lo siguiente; ante el esfuerzo e insistencia por obtener las caricias de su madre, paralelamente se gesta una especie de querrela con el padre, quien ostenta en Hans, una vivida ambivalencia de sentimientos, pues a la vez que Hans ama a la figura paterna también nace un odio encubierto por ella.

Dicha hostilidad al no ser admisible directamente a la conciencia se mudará por desplazamiento, develando así que el contenido no desaparece sino por el contrario, se aloja en otro lugar; cual elemento flotante a la deriva de coger el anzuelo para zarpar a lo preconscious.

Por tanto, el desplazamiento vendrá a inaugurar que se trata de un traslado de material inconsciente que da lugar a la sustitución, particularmente en el caso Hans lo que aducimos es, otro objeto donde se coloca la marca que un objeto inicial representó. Vale decir; con el desplazamiento se mediatiza un miedo que se encarna en Hans cuando enaltece la amenaza de que un caballo le ataque, le muerda, objeto en el que se ha mudado ya el afecto y al ser reprimido se desplaza. En principio el miedo que rebasa a Hans pareciera injustificado, pero lo que llama la atención es que será el mismo el que anteponga el enigma de lo que caracterizará a las fobias y su correlación con la angustia.

En definitiva, hablar de desplazamiento es dar cuenta de que un mecanismo tiene efecto en dos direcciones: una intrínseca, a nivel onírico que como abordamos se torna presente en el sueño; y una extrínseca, que atañe a las fobias e implica la sustitución del objeto, donde se liga el afecto displacentero que desdobra la angustia.

Con relación al reemplazo de objeto, entendiendo por objeto en este punto el animal que tiene lugar en las fobias, lo que observamos concretamente es que, la libido liga a través de la sustitución, un desplazamiento del padre en el animal, en otras palabras, el animal en este caso el caballo se dice que viene a

representar al padre, dado que el afecto sofocado es dirigido por su inadmisión en la conciencia se traslada a otra figura, la del caballo. Es entendible si en este punto, algunos de ustedes apreciables lectores se cuestionan acerca de las motivaciones que indujeron a colocar el caballo como repositorio, a lo cual hemos de ofrecer el esclarecimiento que permite sostener tal premisa.

Según advertimos en la correspondencia que recibe Freud, el atestiguamiento de un fino detalle que Hans expresa y sabemos, se filtra por desplazamiento, se trata de algo oscuro que el niño observa en el caballo, y cuyo rasgo es equiparado con el bigote que unívocamente tiene el padre. Descripción que establece un nexo, núcleo de análisis sobre la relación que convoca la figura paterna con Hans y un sucinto entendimiento acerca de la constitución de la fobia como síntoma.

En esa línea, el síntoma de la fobia es una apuesta que planteamos coagula el excesivo amor que Hans siente hacia la madre, a la vez que el conflicto que yace con el padre, conflicto que repara en odio y ha sido reprimido para no ser traducido a la conciencia. Por ende, ha quedado desalojado y sin lugar, aparentemente perdido pero no ausente y susceptible de articularse en el síntoma.

El desciframiento de lo que enmascara la angustia en la fobia se asienta en las premisas teóricas hasta ahora señaladas, que han permitido en cierto modo situar las vías que constriñen los avatares de la angustia (como lo que concierne a la formación sustitutiva) y que toman, los fundamentos del estudio que Freud desarrolla y plasma en *Tótem y Tabú* (1913-1914) donde ahonda el precedente histórico de la noción de incesto, así como las implicaciones que se desprenden en los vínculos de tribus australianas que se circunscriben bajo el precepto del totemismo, cuestión que expone Freud en el texto con la descripción de un contexto en el que se instala la prohibición entre los miembros de un mismo seno familiar.

De entrada, es conveniente situar que aquello nombrado tótem obedece a la simbolización de un animal, de una imagen a la que se le confiere una dualidad

que versa entre lo indulgente y lo temido, que representa un grupo en la medida que demarca las condiciones en que se instauran las relaciones entre los mismos, concepción que se torna incuestionable y evidencia en Freud cuando señala: “Casi en todos los lugares donde rige el tótem existe también la norma de que *miembros del mismo tótem no entren en vínculos sexuales recíprocos, vale decir, no tengan permitido casarse entre sí. Es la exogamia, conectada con el tótem.*” (Freud, 1986, XIII: 13-14).

Consideramos que tal condición en buena medida nos remite a la herencia cultural que las averiguaciones atribuyen a las tribus, específicamente acerca del lazo particular que se establece en su interior y cuya condición atenúa una advertencia que aparece tan pronto como cuando leemos: “...estos salvajes nos muestran un grado insólitamente alto de horror o sensibilidad al incesto...sustituir el parentesco consanguíneo real por el parentesco totémico.” (Freud, 1986, XIII: 16)

Es decir, tal mandato que alude a la prohibición de nexos aparece de ahí en adelante, cobrando una vigencia hasta la época actual que enfatiza el imperativo de prohibición al reivindicar lo inadmisibles que resulta la transgresión del vínculo entre los miembros de un mismo clan.

Referente que desde luego, devela los alcances que se despliegan dado que el despertar de un amor inadmisibles al interior de un grupo por parentesco: “...a consecuencia de la barrera del incesto, su predilección {*Vorliebe*; «*amor previo*»} se ha deslizado desde esas personas queridas de la infancia hasta parar en un objeto ajeno, imagen especular de aquellas.” (Freud, 1986, XIII: 25).

De tal recorrido lo que nos interesa resaltar es que, el espanto se activa ante la proximidad con algo del orden de incesto que remite el objeto de amor, si esto es así, quiere decir que al tornarse insoportable tal enlace facilitaría la perturbación en la consciencia, por lo cual se hace necesario reprimir y sustituir todo contenido que remita el nexo primordial.

Evento que inaugura y articula así, el reconocimiento de las condiciones en que el mecanismo de desplazamiento opera en las fobias, en tanto que aparece ahí donde imposibilita a la consciencia; la elección de objeto y los afectos que convoca, afectos que han sido transformados ante una acumulación de libido, como lo que corresponde en el caso de la angustia.

En conjunción, lo que aducimos es la prevalencia de tan antigua condición en sociedades primitivas como las tribus australianas, y con efectos actuales en nuestra época al repensar el análisis que parte de la coyuntura entre lo denominado animales salvajes (depositados en el tótem) y los efectos que tienen lugar en la vida anímica.

Con base en esto, lo que se pone de relieve en concordancia con lo precedente; es un deseo de naturaleza incestuosa que se vuelve asequible en lazos parentales, derivado de un cumulo de libido que pugna por satisfacerse y rasgo que aparece en la vida infantil, a lo cual como atina Freud: “el psicoanálisis nos ha enseñado que la primera elección de objeto sexual en el varoncito es incestuosa, recae sobre los objetos prohibidos, madre y hermana” (Freud, 1986, XIII: 26)

En lo que respecta al caso Hans, evidentemente el expreso deseo hacia la obtención nuevamente de mimos por parte de la madre se vuelve imperativo de manera tal que al no ser admitido conscientemente por el carácter incestuoso que representa, se traslada, colocando el afecto en un objeto secundario que en apariencia no parece guardar relación con la situación primaria que vincula figuras parentales.

Al mismo tiempo, un elemento adicional que no desestimamos enfatizar gira en torno a las circunstancias en las que el desplazamiento se vuelve necesario, pues en gran medida es imprescindible para eludir el miedo que representa la castración, pues como leemos en el historial, no recae en el papá del pequeño Hans sino en el caballo, donde aparentemente nace un temor de que éste le muerda.



De esta manera resumimos que, ante la representación de una evidente amenaza lo que persiste es la defensa del sujeto con su síntoma, sujeto que evita confrontar al semejante (nos referimos a la figura paterna) y desplaza el conflicto al animal ante el nacimiento de un deseo incestuoso por la madre.

También, aducimos que si conscientemente se ama, es en buena medida para proteger la figura parental y denegar el afecto displacentero como hostilidad u odio que ésta despierta y se evita traer a la consciencia; premisa que viene a consolidar al menos parcialmente, el cuerpo teórico que esclarece y responde en un primer momento las inquietudes que abre el estudio de las fobias y su articulación con la teoría inicial de la angustia en Freud, dado que como veremos más adelante; lo que se suscita es un retorno ante el enigma en que aparece tal noción y los virajes que proponen las varias teorías en su obra.

## **CAPITULO II. La teoría de la angustia en Freud, entre la segunda tópica y la segunda teoría de las pulsiones en torno a las neurosis, histerias y fobias.**

En el entendido de situar los elementos que aluden un viraje en la concepción del fenómeno de la angustia hemos de precisar que, la antelación de un primer desarrollo teórico en su estudio permitió concretamente situar un punto de partida para dar cuenta de las condiciones en que ella aparece. Nos referimos, a la premisa inicial de orden fisiológico que en su momento puntualizó cómo el pasaje de libido es trasmudado en angustia, describiendo que la fuente de la angustia se ubica en un plano biológico, físico.

En esa concordancia la trayectoria teórica sostendrá que, se trata de un monto de energía que pugna por satisfacerse, sin embargo, al quedar restringida dicha posibilidad dado que la condición para que tal energía alcance una satisfacción pulsional implica que logre anudarse a una representación y pueda tramitarse, lo que observamos es lo contrario, es decir, un monto de energía queda desanudado, deviniendo prontamente en angustia; mecanismo que por excelencia encontramos en las neurosis actuales, donde se coloca a la neurastenia y neurosis de angustia que comparten una similitud, a saber, la etiología en ambas ha de hallarse con relación a la vida sexual.

Entonces, la lectura en torno a la contribución del nexa sexual será sin lugar a dudas, un elemento clave que apuntala la teoría freudiana, particularmente por el registro que las vivencias atañen a sujetos y los efectos que se representan en el cuerpo, cual lienzo donde se plasman registros de eventos articulados a la sexualidad, recuerdos no elaborados y afectos no ligados que conducen a la elaboración de síntomas como pronunciamiento de lo censurado; así en el caso de la histeria lo que observamos es, un mecanismo de conversión que aparece cuando una representación se torna inconciliable por su carácter sexual, activando una serie de inervaciones que al no ser tramitadas psíquicamente, son capturadas en el cuerpo, predominando por medio del malestar físico que la queja reitera. De suerte que el síntoma es el sustituto de algo que ha sido expulsado de lo consciente.

Aducimos con lo anterior que, el padecimiento alojado en el cuerpo representa por un lado la contradicción que funda el conflicto psíquico, donde el recuerdo de una escena de orden sexual no coincide con la respuesta que tal evento despertó en el sujeto, prevaleciendo en buena medida la negación. De este modo, la contraposición de vivencia y su distorsión se inscriben en cuerpos que velan el enigma de síntomas.

De manera contigua lo que observamos entonces en el estudio de la angustia, es su imbricación en la formación de neuropsicosis, entendidas como aquellos síntomas que se encuentran atravesados por la teoría de la defensa, destacando así el papel que la represión y la angustia juegan en torno a las fobias como a las neurosis obsesivas. Freud, al discurrir la formulación de aquello denominado histerias de angustia, como parte de las neuropsicosis, refirió a las fobias; especialmente el historial del caso Hans, que inaugura una línea de investigación asequible de plantear las condiciones que tienen lugar para la constitución de la fobia entendida como síntoma, y de paso, puntualizar el anudamiento de ésta con la represión. Directrices que en buena medida estarán destinadas a delinear, la lógica que opera en la reiterada manifestación de un síntoma, y con ello discernir lo que toca a la angustia.

## **2.1 Puntos de cruce y distinción respecto a síntoma y angustia.**

Debemos ubicar ante que, la noción de síntoma no es equiparable a angustia lo que nos permite acentuar que síntoma y angustia son susceptibles de ligarse atendiendo a determinadas condiciones que subyacen y que procuraremos esbozar, eso nos advierte parcialmente la abstinencia de no utilizarlos desmesuradamente como conceptos semejantes. Por ende, reconocer tempranamente lo que en psicoanálisis corresponde a la elaboración teórica de síntoma se torna un eje primordial en el abordaje de este apartado, tanto como las implicaciones que surgen con el cruce de la angustia y teoría de la defensa.

Una de las proposiciones que remite una suerte de enigma con relación a la noción de síntoma versa en que: “el síntoma siempre ha sido objeto de intentos de explicación y de resolución que indican su insistencia, su dimensión de *τύχη* (*tyché*), de deseo inconsciente, de encuentro fallido” (Berger, 2012: 94)

Partiendo de éste elemento podemos aducir que, aquello que genuinamente se muestra como síntoma es una especie de velo que recubre los enlaces que forman una urdimbre, un tejido que apenas es agujereado por palabras en la intimidad de un análisis.

Así, nuestra lectura acerca de la noción de síntoma deriva en sostener que, aquello que aparece encarnado de manera particular en un sujeto embrolla un ápice de vastos elementos que se han coagulado; retazos de historias cercenadas, tiempos que han quedado capturados e insisten mediante la resonancia de huellas, de representaciones motivando el imperativo en que se manifiestan ideas, rituales, como piezas de repetición de actos; en cuerpos donde se han vertido narraciones no contadas, cuerpos habitados por un síntoma que balbucea como un esfuerzo para ser escuchado.

En ese sentido, se puede decir que se apela a que el alcance de nexos con vestigios de escenas cuya naturaleza consideramos inconsciente, pudiesen enunciarse en cadenas de lenguaje y pesquisar su articulación con el síntoma. Sea como un intento por traducir aquella narración plasmada en el cuerpo, sea como despliegue para dar cuenta de los atolladeros en que un sujeto está inmerso y por lo cual adolece.

Hasta aquí si algo advertimos principalmente es, el lugar primordial que se ha concedido al estudio riguroso del síntoma, dado que: “...el psicoanálisis... ha sido el primero en comprobar que el síntoma es rico en sentido y se entrama con el vivenciar del enfermo” (Freud 1984, XVI: 235). Lo cual supone que éste último, es decir el que se asume como enfermo, no es enteramente ajeno a lo que le pasa pese al desconocimiento manifiesto que denota, en otras palabras; no saber que sabe algo, pero indagar algo de ese saber que le concierne, empuja a

cuestionarse lo que él tiene que ver en tanto porta una forma particular de padecer.

Precisamente si algo nos muestra la clínica con relación al síntoma es que, no se trata de una condición unívoca, sino de un entramado de conexiones inconscientes que invariablemente se anudan a un tiempo lógico, un tiempo que enlaza la escritura de variados registros que se anclan a recuerdos que ocasionalmente atraviesan el discurso del paciente, deviniendo en material susceptible de análisis. Por ello, no se trata de situar en el discurso del paciente cuándo pasó determinado evento/vivencia desde un tiempo cronológico, sino cómo narra el paciente lo que pasó, atendiendo cómo lo dice convoca una escucha fina a la cual habrá que prestar atención.

A propósito de la trayectoria en la conceptualización de síntoma y tiempo, Berger propone que éste se constituye de tres momentos cuando dice:

“El primer tiempo está dedicado al origen etimológico griego y latino de la palabra “síntoma”. El segundo tiempo constituye un acercamiento al síntoma en la enseñanza freudiana, partiendo del momento marcado por el descubrimiento del inconsciente y de su estrecho vínculo con la estructura del sujeto. El tercer tiempo tiende a discernir el sentido originario del descubrimiento freudiano, en la manera de Lacan, con su retorno a Freud” (Berger, 2012: 94)

Con lo anterior, no escatimamos en acotar que partimos de los aportes de la clínica freudiana en adelante para esclarecer las vías regias que participan en la formación de síntomas. Por tanto, si el síntoma encripta un saber y a la vez cumple una función, es preciso ahondar en las condiciones que subyacen para su consolidación.

Sin duda acerca de las neuropsicosis lo que encontramos es que de alguna manera: “El enfermo sólo puede hacer una cosa: desplazar, permutar, poner en lugar de una idea otra de algún modo debilitada... Puede desplazar la obsesión,

pero no suprimirla.” (Freud, 1984, XVI: 237) de ahí la rumiación de ideas le domina, no desaparecen en sí, y la sustitución de una idea por otra trae consigo una modificación en el monto de afecto que repara en reducir la carga.

Tal movimiento nos permite discernir un punto, si el afecto se sustrae de la representación que enlaza una determinada idea obsesiva<sup>15</sup>, ello obedece en cierto modo muy posiblemente, a la evitación de un desborde de angustia que atañe una escena o bien, un hecho que resulta de carácter amenazante para el sujeto.

Luego, el análisis de dicha operación vendrá a demostrar que, el acto obsesivo es un posicionamiento de precaución, de mesura que sostiene el ritual y con ello la repetición que vela un decir. Si bien es cierto que se repite, de entrada para el obsesivo no es claro porqué repite, pero la ganancia que extrae de tal circuito repara en certidumbre, pilar de seguridad que hace límite, borde para no rozar lo que en todo caso desencadenaría la angustia.

En ese tenor, un hallazgo con relación al mecanismo que opera en el obsesivo puntuando que: “...el análisis de una inocente acción obsesiva lleva por el camino recto hasta el núcleo más íntimo de un caso clínico, pero al mismo tiempo nos hace entrever una pieza no desdeñable del secreto de la neurosis obsesiva.” (Freud, 1984, XVI: 240-241)

Deducimos pues, que el acto del obsesivo encubre una verdad que toda vez que le ampara y protege la elude. Por ende, decodificar lo que se anuda en los síntomas es harto complejo, obteniendo apenas con intervalos de escucha lo que un sujeto dice cuando no dice en su discurso, o bien, cuando ausente la palabra nos habla con acto, intentando decir algo.

---

<sup>15</sup> La lógica que concierne tal planteamiento teórico se sustenta en la Conferencia 17 “Sentido de los síntomas” 1917. Texto en el que Freud narra grosso modo, el análisis y las premisas que se pesquisan con relación al caso de una mujer de tierna edad que reproduce acciones (rituales) obsesivos en apariencia ingenuos, carentes de sentido que en la posteridad nos muestra el encubrimiento de una verdad que es preferible para la dama negar por medio del ritual, como defensa que articula sostener una versión.

Reiterando una premisa: "...síntomas psíquicos (o psicógenos) y enfermedades psíquicas– son actos perjudiciales o, al menos, inútiles para la vida en su conjunto; a menudo la persona se queja de que los realiza contra su voluntad y, conllevan displacer o sufrimiento para ella." (Freud, 1984, XVI: 326). Es que el síntoma no parece una cuestión de elección sino constitución y las condiciones son la fragua en las que se cuece aquello que apunta la búsqueda de una forma para alojarse en un cuerpo.

Puede pensarse entonces que el síntoma no es algo fortuito, sino la coalición del registro de eventos que han contribuido en su formación y por los cuales un cuerpo adolece, algo se le impone a un sujeto que no obedece a una cuestión volitiva, si no a la posibilidad que parte de la contradicción de fuerzas, apelando una libido la satisfacción de la pulsión en contraposición de aquella insatisfecha, directrices opuestas que conllevan un sufrimiento cuyo repositorio es el cuerpo.

En resumen acorde con la teoría freudiana se subraya que: "...el síntoma se engendra como un retoño del cumplimiento del deseo libidinoso inconsciente, desfigurado de manera múltiple; es una ambigüedad escogida ingeniosamente, provista de dos significaciones que se contradicen por completo entre sí." (Freud, 1984, XVI: 328).

Tal contraposición corresponde al deseo como, a la imposibilidad de realizar el mismo, pilares que participan en la configuración de las neuropsicosis, y a la vez condiciones para que el material articulado a un deseo inconsciente, al quedar desprovisto de una satisfacción real-consciente, sea un motor que ponga en marcha intentos por encontrar una vía sustitutiva para satisfacerse.

De manera que la dirección aparecerá a la inversa, es decir, si anteriormente se trataba de encontrar una satisfacción de tendencia extrínseca con miras de alcanzarse en la realidad, sabemos que al quedar anulada tal posibilidad por operación de la defensa, la redirección nos muestra así que la función de la regresión en los procesos psíquicos, no se encaminará hacia afuera, sino a un

adentro con sede en el inconsciente, dicha libido al ser revertida incubara y devendrá en formaciones sustitutivas.

El efecto de tal retroceso se entiende mejor en palabras de Freud cuando refiere que los síntomas:

“...Crean, entonces, un sustituto para la satisfacción frustrada; lo hacen por medio de una regresión de la libido a épocas anteriores, a la que va indisolublemente ligado el retroceso a estadios anteriores del desarrollo en la elección de objeto o en la organización.” (Freud, 1984, XVI: 333).

En el curso donde la libido es frustrada por retroacción, aparece el trazo de un elemento que cobrara particular importancia dada su cualidad de otorgar cierta satisfacción parcial, a través de una suerte de especulación; nos referimos a la(s) fantasía(s), elaboraciones que tendrán una función primordial con relación al relato que ofrecen pacientes en un primer momento acerca de vivencias en la infancia, y es que respecto al análisis de síntomas que Freud describe en la conferencia 23 (1917), lo que encuentra es una marcada inconsistencia que reside entre la correlación del efecto que vivenciadas en la niñez despertaron, y la narración histórica que se hace de ellas. De tal manera que:

“Los síntomas son, entonces, ora la figuración de vivencias que realmente se tuvieron y a las que puede atribuirse una influencia sobre la fijación de la libido, ora la figuración de fantasías del enfermo, impropias desde luego para cumplir un papel etiológico.” (Freud, 1984, XVI: 335).

Premisa que nos lleva a colegir el estatuto que la figuración de fantasías concierne, en tanto que como aparente invención, apertura la posibilidad de otorgar una parcial satisfacción dentro de una realidad interna, psíquica; como reserva lejana de la realidad tangible, dado que ésta última representa una barrera para alcanzar tal regocijo al censurar su acceso al conciente.



## 2.2 Una aproximación a la concatenación de la angustia con formaciones sustitutivas

Atendiendo a la noción de fantasía desde psicoanálisis precisamos ahondar en el desarrollo conceptual que Freud va trazando, de tal manera que un primer esbozo lo encontramos en la correspondencia que sostiene con Fliess, particularmente en la carta 59, se describe el hallazgo de una producción inconciente, se trata de: “las fantasías histéricas, que, ... por lo general se remontan a las cosas que los niños oyeron en época temprana y sólo con posterioridad {*nachträglich*} entendieron.” (Freud, 1986, I: 285).

Precedente que establece ya una referencia, a saber, la coyuntura entre fantasías y psiconeurosis, a partir de lo cual la injerencia de mecanismos psíquicos tendrá efectos en torno a las vivencias de carácter sexual en la infancia, en tanto se conservan inconscientes y sólo más tarde logran constituir la base de los síntomas como los de corte histérico.

Recordemos que la particularidad de la histeria es que se trata de un síntoma conversivo, es decir que no se explica por una causa biológica, sino por efecto de la censura ante un encuentro sexual que desencadenó el cumulo de un afecto no tramitado psíquicamente, y que en consecuencia se desplaza en el cuerpo, de manera que tras ser alojado en una determinada región corporal adviene consigo un afloramiento de malestar físico, que de prevalecer y no ser interrogado desvanece con tendencia al “olvido” la posibilidad de establecer nexos hacia la vivencia que lo desencadenó.

En lo que corresponde a las fantasías, lo que parecen revelarnos es que ellas encubren reminiscencias que son desfiguradas. Por lo cual, el recuerdo inicial no es alcanzable en sí, sino apenas enlaces que yacen con la construcción de una fantasía, misma que se constituye de dos elementos; lo vivenciado y lo oído a una tierna edad. En ese tenor, lo que conjeturamos hasta aquí es que, si en la histeria de conversión, se nos muestra un cuerpo que padece el olvido, la función de la fantasía como elaboración, es tomado como un intento por articular una proximidad

con los eslabones de aquello “olvidado” en apariencia, al no ser captado en lo conciente pero navegando en el inconciente. La cuestión que se abre en este punto y procuraremos retomar más adelante, estriba en explorar qué se intenta evocar en la histeria a partir de las fantasías y para qué.

Por ahora, aducimos que el estudio de las fantasías merece pues, tomársele con rigurosidad si consideramos la observación que se retoma del texto freudiano “El creador literario y el fantaseo”, donde Freud: “homologa al pequeño que juega con el poeta, en tanto ambos crean un mundo de fantasía que invisten con grandes montos de afecto y que oponen a la realidad efectiva” (Ballesteros y Suarez, 2019:14)

Obsérvese la atribución que se concede en tal ensoñación a la ligadura de afecto que se apuntala en la fantasía, pues ello nos plantea la posibilidad de considerar una presunta ganancia que se obtiene con su elaboración; en parte, porque el afecto es dirigido y, porque éste al movilizarse en una realidad psíquica donde tiene lugar la fantasía, bien podría apelar por la búsqueda de una satisfacción que se torna entendible términos económicos, si consideramos que permite un cese ante el incremento de un monto de afecto, dado que su aumento implicaría un desprendimiento de displacer, de ahí que su primacía sostenga la posibilidad de anudarse a una representación donde asirse el afecto.

Ahora, esclarecer el proceso que sigue la elaboración de una fantasía, implica retomar los mecanismos que participan en la desfiguración de elementos originarios para su formación, se trata del desplazamiento y condensación; dado que ambos coadyuvaran en la falsificación de recuerdos. Así, del primero, en resumidas cuentas entendemos que el monto de afecto enlazado a una experiencia primigenia es re-direccionado a otra escena (representación) que bien puede florecer en la elaboración de la fantasía; de modo que, dislocados afecto y representación originaria, lo que se tiene en todo caso son sustitutos en los que acontece la condensación, preservando el vestigio de la escena primaria, consideremos que ella remite algo del orden sexual, y que en un encuentro que irrumpe y perturba a un sujeto, deja por fuera toda tramitación psíquica, estallido

con el que se gestan deformaciones, elementos inconexos, laxos como formas de no colegir lo inconciliable.

Entonces, ante la no concordancia que se instala con falsos recuerdos, la fantasía será según proponemos; un esfuerzo por armar lo desanudado, de ahí que la apuesta repare en tejer con aquel resquicio que inaugura la disociación representación-afecto, un hilo entre imagen y palabra.

Por ello, si algo nos muestra la elaboración de una fantasía es que tal parece en su invención se juega una función, un intento que precisa dar forma a sedimentos escópicos y auditivos que han sido desfigurados y que sólo por el análisis de cadenas asociativas, nos advierten una posible articulación con experiencias de carácter sexual en periodos de desvalimiento.

Adicionalmente, la desfiguración que acaece sobre la escena original será la condición a partir de lo cual tenga lugar la invención de fantasías. Como se plantea en el Manuscrito L:

“...las fantasías sirven a la tendencia de refinar los recuerdos, de sublimarlos. Son establecidas por medio de las cosas que fueron *oídas* y que se valorizaron con *posterioridad*... Ellas son a lo oído como los sueños son a lo visto. En el sueño no se oye nada, sino que se ve”  
(Freud, 1986, I: 289)

La escucha da forma con la imagen que se crea en la fantasía, y en dicha invención el acento se coloca en la retroactividad que se juega en la dinámica del inconsciente, al colegir los caminos en que se da la configuración de una fantasía, pues material proveniente de un tiempo pasado se revivifica en el presente, engarzando escenas donde se conservan objetos que son investidos con afecto, lo que en suma, pugna por satisfacer un deseo con la formación de fantasías.

Lo anterior se dilucida al considerar que: “las fuentes pulsionales de las fantasías son deseos insatisfechos y cada una es un cumplimiento de deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad” (Ballesteros y Suarez, 2019:15)

Así, la condición en Freud para dicha meta de satisfacción repara en que en la fantasía se retienen objetos, representaciones con un monto de intensidad: “La libido no tiene más que volver a las fantasías para hallar expedito desde ellas el camino a cada fijación reprimida.” (Freud, 1984, XVI: 340).

Lo que nos lleva a conjeturar una cosa, en toda elaboración de fantasías se vierte aquello que, al verse sofocado en una realidad material, se aloja en una realidad psíquica donde se hace un lugar para ser satisfecha.

Es importante advertir un detalle, según observamos en la dinámica de las fantasías acontece una invención que posibilita falsear la realidad física, tangible, en tanto dan forma a un retazo de historia con recuerdos amorfos que recubrirán una versión tanto como sea posible; hasta que ésta pueda ser captada por la interrogante, que pondrá en jaque la certidumbre fundada.

Además en la realidad psíquica, la fantasía nos revela su injerencia como mediadora de un conflicto, al gestionar una especie de homeostasis en el aparato psíquico; reacción derivada de la disyuntiva que nace entre lo que hemos referido realidad material en contraste con la realidad psíquica. Ahora bien, acerca del presunto restablecimiento de tal desequilibrio como efecto derivado de tal contraposición, coadyuvará en la posteridad con la elaboración de síntomas.

Cuestión que ya en el “Manuscrito M” se soslaya cuando se argumenta: “La formación de síntoma por identificación está anudada a las fantasías, o sea, a la represión de ellas dentro del lcc... a estas fantasías reprimidas se anuda el estallido de *angustia*.” (Freud, 1986, I: 298)

Con lo anterior, no desestimamos articular lo que la fantasía pone de relieve con relación a las neuropsicosis sea; histeria de conversión, histeria de angustia (como se ha referido a la fobia) y neurosis obsesiva. Y es que, en un

primer punto, la investigación en torno a la etiología de éstas posibilitó destacar y desarrollar la función de la defensa o también referenciada como represión<sup>16</sup> en torno a vivencias que atañen a la sexualidad.

Acorde con la distinción entre ambos términos vale la pena considerar a la represión como una variante, lo que quiere entonces que: "...todas las técnicas de que se sirve el yo en los conflictos que eventualmente llevan a la neurosis." (Freud, 1984, XIV: 139) corresponden a la noción de defensa para evitar displacer.

Desde un marco económico acorde al momento en que opera la represión, Freud arguye que: "...la condición para la represión es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción... y su esencia consista en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo *alejado de ella*." (Freud, 1984, XIV: 142).

El encuentro de un sujeto con algo de orden sexual como previamente hemos argumentado, será sin más un elemento sobre el que acaece la represión y que ciertamente será recurrente en la etiología de padecimientos que en su momento Freud atisbó. Cabe mencionar, que no se trata en modo alguno de homologar síntomas, sino destacar que la reacción de un sujeto ante un encuentro de orden sexual es un factor constante que subyace a la palabra o queja que porta aquel que padece, y que por tratarse de contenidos incompatibles con el consciente, son desalojados, trasladados y encubiertos de manera inconsciente, cuestión que en la posteridad responderá al papel que tiene el desarrollo de la fantasía, tomándosele como asidero de contenido censurado susceptible de acceder al consciente mediante una representación sustitutiva.

En ese tenor, no es azaroso que con la escucha de la clínica, especialmente de aquellas denominadas "histéricas", se aduzca que: "...los seres humanos, todos

---

<sup>16</sup> La primera mención del termino represión data en 1893 en el texto: Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos y, más tarde hacia 1895 en Estudios sobre la histeria, se retoma la noción de defensa pero al estudiar el mecanismo de represión Freud refiere que existen dos tipos, y esclareciendo dicha diferenciación será en Inhibición, síntoma y angustia de 1926 donde puntualice a la represión como un modo singular de la defensa.

los seres humanos, ocultan la verdad en asuntos sexuales.“ (Freud, 1978, VII: 263). Se trata de asuntos que al estar desalojados de la consciencia, únicamente se tiene noticia de ellos bajo las manifestaciones de padecimientos que develan las neurosis, ello como un esfuerzo ante lo inconciliable que representa una vivencia de corte sexual, ligada a un monto de afecto.

En consecuencia lo que observamos como elemento clave anteriormente planteado, repara en situar la respuesta que se tiene ante dichos eventos a una tierna edad o bien durante la vida infantil, confirmando entonces que en efecto: “...no importaban las excitaciones sexuales que un individuo hubiera experimentado en su infancia, sino, sobre todo, su reacción frente a estas vivencias: si había respondido o no con la «represión» a esas impresiones.” (Freud, 1978, VII: 268).

Entonces, el estudio de síntomas y mecanismos da cuenta del embrollo de la sexualidad infantil, en tanto atraviesa a un sujeto inerme, que aún no posee los recursos para tramitar una carga de afecto que le excede. Así, carente la tramitación de imagen y afecto, ambos elementos se divorcian entre sí como de la consciencia. De modo que la evocación de la palabra escuetamente parece coincidir o ligar los mismos.

De tal imposibilidad por conectar escena-pulsión, la función primordial de las fantasías nos mostrará que se trata de un intento por articular la energía sexual que irrumpió y el recorte de recuerdo trasladado en fantasía, que se reconstruye en la narración como una posibilidad de capturar o repasar lo vivido aunque deformado.

Siguiendo esta línea, se afirmaran que las fantasías son entonces: “ficciones investidas con afecto, que los niños inventan para anudar los componentes pulsionales sexuales en los primeros años de la infancia. Tenemos así, un anudamiento entre representación y pulsión” (Ballesteros y Suarez, 2019:16)

En lo sucesivo, precisamos señalar que las fantasías como ficciones, son acogidas desde luego en una realidad psíquica como formaciones que si bien recogen elementos de la realidad material, también develan la cualidad de falsear una escena, destacando en su invención como particularidad, retazos no vividos o en todo caso escenas amorfas.

El abordaje hasta este punto tanto de las condiciones, como de los elementos que participan en la configuración de fantasías, nos lleva a conjeturar la existencia de tres variantes en que se manifiesta; en una primera esfera, su formación parece ceñirse para dar cierto orden a vivencias que a temprana edad no son susceptibles de tramitarse por la perturbación que produce en un sujeto, desarmando imágenes y afectos, que solo más tarde recogerá la elaboración de fantasías.

Si la condición por su carácter traumático no prevalece y dista del planteamiento previamente señalado, lo que nos encontramos entonces es, la consolidación de una fantasía como un intento por conservar objetos que en ella aparecen, y que en tanto se reproduce permanecen inamovibles, invistiendo los mismos con un monto de afecto, la trayectoria de dicha situación apuntalaría una posible satisfacción parcial, aunque también nos permite advertir la insistencia en preservar objetos, es decir que estos no se ausenten y frecuentemente se les evoque.

Finalmente, una tercera variación que averiguamos en lo que la fantasía muestra, es que reside en tomarla como sostén para el cumplimiento de un deseo, pues aun no habiendo sucedido un hecho o vivencia, se asume y pugna por tomarse un evento como fáctico. Así, las fantasías podrían tomarse como fragmentos vigentes dentro de una realidad psíquica.

La cuestión que esto plantea nos lleva a ahondar en las motivaciones que impulsan y comprometen, la creación de una fantasía como una suerte de recuerdo fabricado, pues si bien carece de una experiencia traumática real, se

destina una carga de energía considerable. Siguiendo estos argumentos, Freud plantea:

“Los síntomas histéricos no son otra cosa que las fantasías inconscientes figuradas mediante «conversión», y en la medida en que son síntomas somáticos, están tomados del círculo de las mismas sensaciones sexuales e inervaciones motrices que originariamente acompañaron a la fantasía...” (Freud, 1986, IX: 143).

De algún modo, la puntualización que hasta aquí pesquisamos de la teoría freudiana estriba en que, toda libido por su carácter cuantitativo al ser frustrada, o denotar un exceso de energía que sin punto de llegada a cierta satisfacción desborda y desprende displacer, decantará invariablemente con una gama de formaciones de sustitución entre ellas: síntomas como las neuropsicosis de defensa, que implican a su vez, representaciones, fantasías, o bien otra vertiente como el sueño. A razón de lo cual se afirma que:

“El psicoanálisis se ocupa principalmente del contenido y de la forma aparente de los síntomas, que al igual que el sueño, son formaciones del inconsciente, y comparten la cualidad de concernirnos. Es decir, que todo síntoma tiene un sentido y que al igual que el sueño es descifrable” (Kah, 2019:442)

Precisamos advertir con relación a dicho desciframiento, que éste apenas se bordea, dado que no repara en agotar una lectura o sobreponer la interpretación que disuelva la propia palabra del paciente. En consecuencia, la práctica clínica del psicoanálisis en torno al tratamiento de eso que emerge frente a la escucha clínica auspiciado por un padecer que se nos muestra como síntoma, no trata del recorrido con un punto de llegada, menos objetivable. Cuestión que nos sugiere que, medianamente se posibilitan acercamientos, intentos de armar y discernir el papel que le toca a un sujeto a partir de una interrogante que convoca y se plantea acerca de lo que le sucede, no habiendo así una comprensión a priori, por lo cual el análisis que proveen nexos con formaciones sustitutivas como; sueños o fantasías,



estarán anudados con las vivencias del paciente y especialmente, con lo que torna enigmático las variadas manifestaciones de síntomas.

Hallamos entonces en los síntomas, la encrucijada de un elemento central que nos lleva a la exploración de estudio, nos referimos a la angustia que participa en el entramado de lo que configuran tanto histerias destacando entre sus variantes a las fobias, como a las neurosis obsesivas.

Y es que, la angustia si bien es cierto en un primer momento es tomada como una reacción física que tiene lugar en la singularidad de una experiencia como el nacimiento, también soslaya que ahí yace una separación del objeto primordial; lo que induce a plantear el sentido que vela aquella significación donde se circunscribe un hueco que, a la vez que separa, instaura una diferenciación. Tratándose además de un pasaje que se torna amenazante para el infante, pues en la medida que prescinde del espacio que previamente le guarecía, más tarde es desalojado, implicando un halo de desvalimiento en el que se pone en juego la diada vida-muerte.

Ahora la cuestión en turno a desarrollar, nos lleva a tomar distancia de esa angustia circunscrita sobre un tapiz fisiológico para dar lugar a otra modalidad en la que tiene efecto la represión, en la cual se propicia que la angustia migre a formaciones del inconciente, por lo cual se sostiene que la angustia está: "...psíquicamente ligada y anudada a ciertos objetos o situaciones. Es la angustia de las «fobias»..." (Freud, 1984, XVI: 363).

Si bien es cierto una vivencia precede su asidero, se tiene noticia de ella en el psiquismo mediante la elaboración de fantasías o sueños donde acaece una distorsión o desplazamiento en un semejante asociado al hecho u objeto originario.

Así, ante una escena que remonte indeterminación se muestra la angustia, que a diferencia del miedo y con relación al objeto, no es por presencia de éste, de ahí que la ausencia irrumpa y en consecuencia: "Los enfermos no saben decir qué

es eso ante lo cual se angustian y, mediante una inequívoca elaboración secundaria, lo enlazan con las fobias...” (Freud, 1984, XVI: 367).

Repensar lo que hace posible una re-elaboración, induce a plantear que si ello se da es a causa de la represión, dado que al desplazar sustituye, se intenta vedar un desprendimiento mayor de angustia para el sujeto. Concretamente la represión crea una formación sustitutiva y por otro lado, deja a su paso síntomas como secuela que en lo sucesivo corresponden a las psiconeurosis; donde aducimos que ella para cada modalidad opera con singularidad, de este modo lo que pesquisamos es que en el caso de la histeria de angustia donde se coloca la fobia, el papel de la represión recae en sustituir una representación por otra, que desvanezca el nexo que remite a la representación originaria motivo de displacer.

Lo anterior es entendible si recordamos que tal pasaje es auspiciado por desplazamiento, en tanto que al perderse el eslabón de la representación que por efecto de la represión ha sido desalojada de lo consciente, instala en el caso de la fobia un redireccionamiento colocado en los animales, reacción ininteligible que a primera vista no se entiende ni explica por un evento a priori de carácter amenazante.

Frente a lo anterior, lo que ahora introduce un elemento en cierto modo a interrogar es aquello que encarna la angustia, dado lo que observamos en el caso Hans, es que ante una escena en la que al tiempo que aparece un gatillante postrado en un animal, también se revela la facilitación que ello representa para detener un desbordamiento mayor de displacer, fungiendo así como una contención, que las más de las veces implica una evitación. Averiguar entonces lo que encripta la respuesta del sujeto perturbado en la fobia como síntoma, conduce al detenimiento de discernir lo que sostiene el acto evitativo.

Analizar la coyuntura que parte con la disparidad y estela que deja la angustia enlazada a fantasías, sueños y representaciones que, se encuentran atravesadas por la represión, precisan ahondar en las condiciones que participan en su formación.

En ese rigor, sostenemos que la singularidad de la fobia como síntoma al ser colocada dentro de las histerias de angustia se particulariza por la presencia de un eslabón fundamental, la angustia, que como nos muestra el caso Hans, ésta migrará hacia el sueño, por lo cual nos vemos obligados en articular el papel que atañe a la angustia respecto al sueño como formación del inconsciente, modalidades que Freud desarrollará más adelante en la conferencia 25. (1917).

Sin embargo, la primacía de un registro nombrado someramente, en el que aparece por primera vez la angustia y se toma como punto de partida e investigación de un elemento recurrente en la obra freudiana conlleva en destacar el acto de nacimiento<sup>17</sup>, como un momento álgido a partir del cual se sostendrá que se produce: "...ese agrupamiento de sensaciones displacenteras, mociones de descarga y sensaciones corporales que se han convertido en el modelo para los efectos de un peligro mortal y desde entonces repetido por nosotros como estado de angustia". (Freud, 1984, XVI: 361).

Es decir, el peligro que representa en modo alguno la posibilidad de seguir viviendo se inaugura con un corte; que a la vez que escinde, es imprescindible para la continuidad. Y, la transición de tan inhóspito evento parece dejar una escritura en el cuerpo, una marca que se re-activa cuando en un momento se afianzan una serie de reacciones fisiológicas que ponen en alerta a un sujeto y le indican la percepción de una amenaza en la que indudablemente se evoca una reminiscencia parcial con una situación real, no entendible para el sujeto y con elementos trastocados, de suerte que inicialmente en Hans no se explica por qué la presencia del caballo se torna peligroso para él.

---

<sup>17</sup> Si bien es cierto en este punto la angustia se describe como un estado que inaugura el nacimiento, más adelante lo que veremos es la referencia de traducirlo como afecto, y en tanto afecto tomarlo como una variable para explicar lo que originalmente entiende Freud por angustia.

### **2.3 Variantes de la angustia, entre angustia neurótica y angustia como señal**

Avanzando en la teoría freudiana distinguimos, el esbozo de una variación de la angustia como señal, misma que se vehiculiza en el cuerpo. Y, en tanto angustia que advierte y al mismo tiempo demanda una acción de resguardo ante la apreciación de un peligro que corresponde con la realidad, Freud enuncia que se trata de una angustia realista cuando: "...es una reacción frente al peligro exterior, es decir de un daño esperado, previsto; va unida así al reflejo de la huida, y es lícito ver en ella una manifestación de la pulsión de autoconservación." (Freud, 1984, XVI: 358). La descripción de tal respuesta hasta el momento,<sup>18</sup> no supone enlace alguno con un proceso anímico dado que como se ha visto, la angustia que se retrata está instalada sobre una base física, la cual reitera el apronte de un peligro real que vela por la preservación de la vida, al mismo tiempo que nos confirma un rasgo distintivo; se trata de una angustia que no se encuentra atravesada por la teoría de la defensa, condición análoga a lo planteado en las neurosis actuales, donde según observamos prevalece un referente fisiológico.

Continuando con el estudio de la angustia, la elaboración de las condiciones en que se presenta, nos mostrará una segunda variante que dista de colocar su manifestación en un estrato físico aunque no por ello deja de lado los ecos que produce en lo corpóreo, en tanto se retrata una angustia de corte neurótico. Entonces, la diferenciación que reside entre la angustia neurótica con la angustia real o llamada también de señal, la encontramos cuando se describe que la angustia neurótica: "...está, más bien, psíquicamente ligada y anudada a ciertos objetos o situaciones." (Freud, 1984, XVI: 363). Acotación que nos permite asentar el cruce entre: angustia, síntomas y formaciones del inconsciente, en un recorrido teórico que pone de manifiesto la trayectoria de una reacción fisiológica que tiende al incremento de energía ante un evento, paso que implica el registro de una vivencia aunado al desprendimiento de un monto de energía que desborda al

---

<sup>18</sup> Acorde con el caso Hans, vale la pena señalar que en la correspondencia de Herbert Graf a Freud acerca de un aparente peligro de Hans con relación al caballo, si bien es cierto podría tratarse como una angustia realista en tanto se describe la amenaza de ser mordido, más tarde recuperara el nexo con una angustia neurótica, propia de la fobia, dado que destacará la función de desplazamiento.

aparato psíquico y que en tanto irrumpe, se procurará desviaciones en las que sea asequible su tramitación.

Una muestra de ello, repara en la elaboración de la fantasía, que procura recoger retazos de vivencias que fragmentados, carecen de un ordenamiento para su asimilación, mostrándonos que tras captar el psiquismo una impresión que irrumpe, la operación de la represión ante dichos eventos repara en enviar tal contenido desorganizado al inconciente, para no tener noticia de ello; no obstante, los vestigios si bien no corresponden con lo factico, son retomados por la fantasía, la cual antepone una defensa frente a lo traumático, posibilitando una tramitación por medio de la distorsión como requerimiento que lleva implícito una aproximación a lo acontecido y no al origen de la experiencia en sí.

Dicho pasaje traza la articulación de la fantasía como una posibilidad de afrontamiento ante una angustia neurótica, que se caracteriza por encontrar en su composición, variantes que contribuyen en su estudio. De modo que en la conferencia 25 (1917), ubicamos el matiz de una serie de angustias como: la expectante, situacional y una otro modalidad de angustia que establece un enlace con las fobias, así como la descripción de una angustia que no se entiende en principio por el sin sentido de elementos que se ligan; es decir una angustia en la que parece perdido el eslabón entre ella y un peligro no comprensible, abriendo el enigma de lo que la desencadena.

Empezando por la angustia expectante, la cual señala Freud, tiene lugar ante una contingencia a la que se atribuye una suerte de desgracia, precedida por la irrupción de un conjunto de ideas, las cuales se traducen como un grupo de representaciones que se han organizado de tal manera para coadyuvar en la configuración de fantasías, mismas que apuntan un infortunio. Se trata de la percepción de una adversidad que claramente es vigente dentro de una realidad psíquica, misma que de anteponerse a la realidad tangible, procura un posicionamiento de alerta. Y es que, se asume el acercamiento de un peligro, que bien podría remitir la proximidad con un encuentro que remonta una vivencia

de amenaza y pareciera retornar por vía de la representación, a través de las formaciones sustitutivas.

La concatenación en que aparece la angustia neurótica acorde con la narración alude además, una angustia secundaria, que se particulariza por establecer un nexo explícitamente con las fobias, denotando un ahínco por destacar que en este subgrupo: “Muchos de los objetos y situaciones temidos tienen algo de ominoso y una dimensión de peligro, por eso tales fobias no nos parecen inconcebibles, aunque sí muy exageradas en su fuerza...” (Freud, 1984, XVI: 363). Y es que la exacerbación de la parte cuantitativa al expresar una creciente intensidad de energía desborda a un sujeto, aparejando con ello una reacción que a primera vista no se comprende, la irrupción en cierto modo indica que el objeto se colorea ominoso,<sup>19</sup> por estar articulado a contenido que se anuda con fantasías, sueños y su enlace con algo del orden sexual, o bien, ante una presunta amenaza de pérdida.

Cabe mencionar que, en esta modalidad alojamos aquellas fobias que sostienen la impresión de un peligro, representado por la presencia de diversos animales. Desde luego, el estallido de la escena de carácter amenazante, si bien no queda claro en el momento que acontece, al menos dibuja el inicio del enigma que yace al no encontrar una correspondencia entre el registro de una vivencia y su monto de energía. Precedente que tal parece acentuar la particularidad de una angustia donde se pierde: “...el nexo entre la angustia y la amenaza de un peligro incomprensible.” (Freud, 1984, XVI: 365)

---

<sup>19</sup> Respecto al término Ominoso, precisamos señalar que este vocablo deviene de origen alemán “*Unheimlich*”, donde el prefijo “Un” alude un no, mientras el sufijo “*heimlich*” designa lo familiar, refiriendo así a lo que parece no familiar, en esa concordancia el desarrollo de Freud respecto al cuento de Hoffman titulado “El hombre de Arena” enmarca lo ominoso como una extrañeza para el sujeto, cuya primera impresión parece no mostrarle relación con lo familiar, tornándose aquello que inquieta como algo aparentemente desconocido. Así, en la afrenta donde aparece algo que convoca al sujeto pero no es claro porque ha permanecido oculto por efecto de la represión, pareciera desocultarse. En el texto de Hoffman lo que observamos entonces, es que Nathaniel vincula al hombre de arena, cuya representación se liga al temor de perder los ojos con el Dr. Coppelius, amigo del padre, pues ante el motivo de su llegada la indicación era dirigirse a dormir, no obstante al realizar una serie de experimentos en los que una falla provoca el fallecimiento del padre de Nathaniel, reconducirá con algo del orden de la angustia y pérdida.

En otros decires, aún no es clara la articulación o el nombramiento a primera vista de aquellos elementos que favorecen el desencadenamiento; si partimos del supuesto que, para angustiarse hemos de toparnos con algo que la evoca, pese al desconocimiento de lo que propiamente angustia, su efecto no cesará en la elaboración de síntomas, que en este caso se solidificara en la fobia.

## **2.4 Miedo y angustia, un acercamiento a la relación con el objeto en Freud**

En esa concordancia un punto clave que introducirá Freud en la elaboración de la teoría de la angustia, implica la claridad y distinción conceptual al señalar que: "...«angustia» se refiere al estado y prescinde del objeto, mientras que «miedo» dirige la atención justamente al objeto. En cambio, «terror» parece tener un sentido particular, a saber, pone de resalto el efecto de un peligro que no es recibido con apronte angustiado. Así, podría decirse que el hombre se protege del horror mediante la angustia." (Freud, 1984, XVI: 360)

La perspectiva de la angustia como hemos visto, no es en todo caso sin referencia al objeto, lo que no equivale a decir que esta devenga por el objeto tangible que en sí aparece, sino por lo que su análisis muestra acerca de lo que representa, condición que destaca la injerencia de la angustia, la reacción y tramitación en el psiquismo como razones para la formación de síntomas, particularmente en las psiconeurosis, que como hemos enfatizado, se caracterizan además por la intersección de la represión, a propósito de lo cual: "La angustia no era, como había afirmado antes..., una *consecuencia* de la represión sino una de sus principales fuerzas impulsoras." (Freud, 1984, XIV :139).

El viraje que se produce y plantea con tal premisa, permite apreciar y confirmar un cambio en la concepción en que ella aparece, si anteriormente en la primera teoría se sostiene que instalada la represión se manifestaba la angustia como aquel monto de energía no anudado mediante una descarga somática, la diferencia ahora reside en que, inicialmente se muestra algo del orden de la angustia enlazado a las manifestaciones de formaciones sustitutivas como vías regias para su tramitación; recordemos entonces que la angustia en este punto no

constituye un monto de energía o quantum únicamente, sino que al anclarse a contenidos censurados que se alojan en representaciones inconscientes lo que apuntalan es su componente cualitativo al teñirle como afecto, un afecto que encontrará al yo como su sede.

De modo que Freud acota: “El yo se comporta como si el peligro del desarrollo de angustia no le amenazase desde una moción pulsional, sino desde una percepción y por eso puede reaccionar contra ese peligro externo con intentos de huida: las evitaciones fóbicas.” (Freud, 1984, XIV: 181).

A decir verdad, la especificidad en que se articulan tempranamente angustia y vivencias traumáticas ante las que tiene efecto de la represión, se obtendrán un conjunto de representaciones inconscientes donde se destina aquel contenido inconciliable para la conciencia que más tarde por desfiguración coadyuvará en formaciones de sustitución como síntoma, sueños, fantasías, lapsus, actos fallidos, todos ellos como intentos para traer a la conciencia retazos de lo censurado.

Entonces, si algo se aduce hasta aquí es que, la contribución teórica sitúa desde la veta freudiana, que el estallido de la angustia o la presunta pérdida de un objeto que falta, y al mismo tiempo implica, un objeto de deseo que en tanto objeto de la pulsión, pugnará por satisfacerse y se topará con los avatares de la represión.

La represión no impide a la agencia representante de pulsión seguir existiendo en lo inconsciente, continuar organizándose, formar retoños y anudar conexiones. Por ello, en realidad, “...la represión sólo perturba el vínculo con un sistema psíquico: el de lo consciente.” (Freud, 1984, XIV: 144).

Respecto a los caracteres de represión lo que atisbamos es su capacidad de movilizarse, no se ciñen en un tiempo lineal, no hay punto de partida y fin, sino pivotes que resaltan la cualidad de implicar un gasto constante de energía, de esfuerzo por detener el paso de contenido inconciliable a la conciencia.



En ese tenor, el cometido de la represión es dejar al margen de la conciencia, la agencia representante, de suerte que perturbe el estrato conciente mediante un gasto de energía recurrente que sostendrá el rechazo como una barrera de su paso a la conciencia. “Recordemos que la represión no tenía otro motivo ni propósito que evitar el displacer. De ahí se sigue que el destino del monto de afecto de la agencia representante importa mucho más que el destino de la representación.” (Freud, 1984, XIV: 148).

De suerte que, no solo es prescindible destacar la ausencia de un objeto lo que a nuestro parecer se conserva en el destino de la representación, sino el efecto que se deriva con el destino de la pulsión. Por ejemplo, en la condición de la histeria de angustia (fobias), observamos que surge un divorcio de ambos elementos: del factor cuantitativo (afecto) como del cualitativo (la representación), y a propósito de éste último, el desplazamiento dará lugar a una formación sustitutiva, con la que se colocará un remplazo del objeto libidinal. En otras palabras, con el desplazamiento de la representación (más no del afecto), se activa la huida y el remplazo del objeto inicial, cuestión que traerá a colación el afecto que la fobia encripta como un esfuerzo invertido para evitar el desbordamiento de angustia.

De este modo lo que nos devela la fobia en tanto síntoma y creación, es que su elaboración facilita la contención de un roce que desencadene tal afecto, mostrando un desconocimiento o cierto halo de incomprensión ante la pérdida de correspondencia afecto-representación; en consecuencia al ser remplazado el objeto, el afecto que despertó una vivencia se mudará en angustia.

Nos servimos pues, de los vastos aportes que la metapsicología freudiana descubre para describir los fenómenos psíquicos desde una arista tópica, dinámica y económica. De ahí que, respecto al conflicto psíquico que se instala por la querrela de representación y su demanda de satisfacción, la represión procure ser tomada como mediación ante un monto de energía o pulsión que busca satisfacerse y el efecto que instala la censura.

De manera que, "...el factor cuantitativo resulta decisivo para el conflicto; tan pronto como esa representación en el fondo chocante se refuerza por encima de cierto grado, el conflicto deviene actual y precisamente la activación conlleva la represión." (Freud, 1984, XIV: 147). Puede decirse entonces que, una vez que el afecto de orden pulsional, como uno de los componentes de la representación es disociado de ésta, solo tendremos noticia de él en tanto se anude nuevamente.

Recordemos que una condición para dar cuenta de la moción pulsional es que se adhiera a una representación. Así, la representación como agencia representante es prescindible para que la pulsión sea aquello que no cese y se movilice en la insistencia de representaciones que ligan algo del síntoma.

Acorde con esto, consideramos pertinente citar los destinos que atañen a la pulsión como factor cuantitativo, a fin de precisar la concordancia que se establece entre represión y síntoma dado que: "La pulsión es sofocada por completo, de suerte que nada se descubre de ella, o sale a la luz como un afecto coloreado cualitativamente de algún modo, o se muda en angustia." (Freud, 1984, XIV: 148).

Proposición que esboza para la primera acepción, su anclaje con la histeria de conversión donde el afecto disociado, se torna en excitación o inhibición, mientras que en la segunda vertiente implica las neurosis obsesivas donde los matices de afecto consideran la agresividad, odio u amor por citar algunos, pero con relación al último destino destacamos su particularidad dado que se identifica a las fobias, donde prevalece la angustia como afecto.<sup>20</sup> Por ello subrayamos que: "...la esencia del proceso de la represión no consiste en cancelar, en aniquilar una representación representante de la pulsión, sino impedirle que devenga conciente." (Freud, 1984, XIV: 161) y como hemos argüido, la cancelación depara en el retorno de ulteriores retoños del inconciente.

---

<sup>20</sup> En Inhibición, síntoma y angustia (1926) Freud señala que el núcleo de un afecto es la repetición de una vivencia significativa, aludiendo en ese punto el acto del nacimiento como referencia de una indefensión a la que se enfrenta un infante, cuestión que no obstante más tarde desdirá.

Ahora, una contribución para repensar los alcances de la angustia destaca que: “La angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro...la angustia está en relación a una situación de peligro” (Zanchettin, 2013: 709)

Reacción de peligro que acorde con el estudio del caso Hans, se escenifica con un miedo depositado en los caballos, ante los cuales adviene la percepción de un peligro de ser atacado. La cuestión hasta acá es repensar una lectura acerca del sentido que subyace en la fobia, tomando a la fobia como una posibilidad para asirse el síntoma que como sabemos es una formación sustitutiva que constituye un aparato psíquico, mismo que es tejido por elementos como representaciones, fantasías, sueños, lapsus, y actos fallidos; todos ellos inscritos en una realidad psíquica que tiene su afrente con los avatares de la represión.

Partimos de la premisa que introduce en la fobia dos fases de acuerdo con el planteamiento freudiano: destacando que en la primera de ellas lo que subyace es una moción afectiva reprimida, alojada en el inconsciente, misma que será susceptible de movilizarse como afecto al consciente, toda vez que encuentre una formación sustitutiva que implica el desplazamiento que recae sobre un objeto.

A razón de esto Freud enmarca: “La importancia del sistema *Cc (Prcc)* para el acceso al desprendimiento de afecto y a la acción nos permite también comprender el papel que toca a la representación sustitutiva en la conformación de la enfermedad.” (Freud, 1984, XIV: 175).

Sin duda, lo que observamos es la antelación de las condiciones que participan en la formación de síntoma, anunciando que de la lucha contra la moción pulsional lo que se produce será el predominio de un síntoma, esto como posibilidad que le provee al sujeto sostenerse en la vida. Lo que a nuestro criterio quiere decir que, el síntoma tiene además una función y que es menester del análisis bordear en tanto un sujeto se interroga por aquello que le pasa y su participación en ello.

Al retomar el síntoma como una invención que constituye, y al mismo tiempo permite a un sujeto defenderse, ello nos convoca a cuestionarnos ¿de qué se defiende el sujeto con la fobia? Sabemos se trata de un planteamiento extenso que merece un estudio riguroso que ofrezca una aproximación a lo acontece en la fobia y que en lo subsiguiente haremos el esfuerzo por desarrollar una aproximación.

Del compendio de la fobia del pequeño Hans, anteriormente señalamos que el estallido de malestar se muestra con la resistencia que presenta para andar por la calle, dada la angustia que un caballo le representa, sin existir a priori una experiencia que haga comprensible la fuente de dicha angustia.

Así, bosqueja la teoría freudiana una cosa, que: “La incomprensible angustia frente al caballo es el síntoma; la incapacidad para andar por la calle, un fenómeno de inhibición, una limitación que el yo se impone para no provocar el síntoma-angustia.” (Freud, 1986, XX: 97).

Entonces, una lectura acerca de la función que sostiene la fobia depara en tomarla como un bordeamiento de la propia angustia, aunque esto no esclarezca ni haga comprensible aún, la disparidad que yace entre su desprendimiento y la particularidad presencia de dicho animal.

Pese a que previamente hemos señalado que, en la histeria de angustia/fobia acontece el mecanismo de desplazamiento del objeto inicial por uno secundario que en apariencia no guarda relación, la cuestión en turno es indagar el requerimiento inconsciente por el cual se enlaza a un caballo<sup>21</sup> y no a otro objeto, dado que ello permite al sujeto aparentemente una posibilidad de “resolver” un conflicto. No perdamos de vista que el síntoma es el resultado de una disputa con la moción pulsional, así habrá que considerar lo que subyace a ésta que la torna inconciliable quedando escindida de una representación por represión, para permanecer fuera de la conciencia.

---

<sup>21</sup> El estudio del caso Hans, refiere el hecho de que el padre, como más tarde se demuestra, hubiera jugado al «caballito» con el pequeño Hans, fue un elemento decisivo para la elección del animal angustiante.

En lo sucesivo el estudio de Hans refiere que se trata pues de: "...un conflicto de ambivalencia, un amor bien fundado y un odio no menos justificado, ambos dirigidos a una misma persona. Su fobia tiene que ser un intento de solucionar ese conflicto". (Freud, 1986, XX: 98).

Es decir, la fobia permite a Hans tramitar pulsiones agresivas o bien, sentimientos por un lado de hostilidad dirigidos al padre, a la vez que su contraparte es decir una aparente estima, encubriendo con la trasposición de objeto el desazón que procura lo hostil; contenido que se sustrae de la conciencia disgregando, afecto de representación. De ahí que más tarde devenga una formación sustitutiva, nos referimos a la fobia, donde genuinamente se desencadena la angustia ante la presencia de un objeto. En esa línea puntualiza Freud: "La moción pulsional sometida a la represión es una actitud libidinosa hacia el padre... Después de la represión, esta moción ha desaparecido de la conciencia y el padre no se presenta en ella como objeto de la libido. Como sustituto se encuentra en posición análoga un animal..." (Freud, 1984, XIV: 149).

Sin embargo, que el factor cuantitativo de la moción desaparezca de la conciencia no indica en modo alguno que ya no esté, sino que éste se muda en angustia. Así, en la fobia si bien es cierto que acontece un desplazamiento de la representación, ello no es para el afecto, en tanto que a partir de la huida,<sup>22</sup> que se procura con la fobia, revela que se trata también de un intento por no saber nada acerca de aquello que aparece en la angustia, y que en la posteridad se explicara por la colocación de un rasgo que se traspola a un objeto relacionado con el padre.

---

<sup>22</sup> Una averiguación más rigurosa en torno al mecanismo de represión retomado de Inhibición, síntoma y angustia sostiene que la represión al tomarse como equivalente de un intento de huida, confirma que: "el yo quita la investidura (Prcc) de la agencia representante de pulsión que es preciso reprimir {desalojar}, y la emplea para el desprendimiento de displacer (de angustia). Puede que no sea nada simple el problema del modo en que se engendra la angustia a raíz de la represión; empero, se tiene el derecho a retener la idea de que el yo es el genuino almacigo de la angustia, y a rechazar la concepción anterior, según la cual la energía de investidura de la moción reprimida se mudaba automáticamente en angustia" (Freud, 1986, XX: 89).

La sustitución de objeto lo que vela según aducimos, es la angustia que evoca la proximidad de una castración latente que se evita con la huida en la fobia, una castración que aduce algo que falta, la ensambladura de un objeto ante un resquicio que hace mella en el sujeto.

De modo que: “Por angustia de castración resigna el pequeño Hans la agresión hacia el padre; su angustia de que el caballo lo muerda puede completarse, sin forzar las cosas: que el caballo le arranque de un mordisco los genitales, lo castré.” (Freud, 1986, XX: 103).

Las apreciaciones teórico clínicas que el caso Hans plantea, nos permite aducir en este punto, la concatenación de un síntoma que aparece sin sentido, y toma un cuerpo como asidero de afectos, entre ellos la primacía de la angustia como acotamos anteriormente sucede en el caso de las fobias. A decir de los afectos, sabemos que provenientes de las pulsiones retornan e insisten por medio de su anudamiento con representaciones, fantasías, sueños como retoños del inconsciente que hacen eco en el padecer de un sujeto, e insisten apelando posiblemente por hacerse leer o interpretar.

Ahora, acorde con la significación en torno a la castración en Hans, por un lado su estudio nos muestra el posicionamiento de un sujeto que se hace de la fobia como defensa, pues ella le permite trasmudar las pulsiones de carácter agresivo (que no encontraron otra forma de tramitarse) y, a la vez evitar el afrontamiento de un semejante, nos referimos al padre, dado que al desplazar en un objeto como el caballo el afecto de orden angustiante, se instala la vuelta a la castración.

Por castración conjeturamos que se instaura un límite, una renuncia que podríamos describir como una pérdida del objeto de amor inicial, anunciando por tanto, una falta que intenta recubrirse y rodear con la evitación y fuga manifiesta de la fobia. Tal premisa la confirmamos en los sueños de angustia que el historial describe, aludiendo la irrupción del mismo con un despertar e sobresalto en Hans , ante el acercamiento de la pérdida-separación de la madre, quien pareciera le

ingresa al campo de la sexualidad, al proveerle de mimos o caricias que erotizan y despiertan montos de afecto ante los cuales representan en Hans una imposibilidad para diferenciarse y en ese sentido distanciarse de la madre, no ser tomado así como un complemento ante el que se queda desvalido.

Condición que esboza, la carencia de una función que no parece instaurarse, implicando efectos ante el atravesamiento de la castración, cuestión que retomaremos más adelante desde un anclaje de orientación lacaniana, a fin de articular la falla que acontece en lo simbólico respecto a Hans, como una propuesta que dista de la lectura freudiana en torno a la cadena de síntoma y angustia con relación al objeto.

### **CAPITULO 3. Entre la segunda teoría de las pulsiones con relación a las neuropsicosis y la segunda teoría de la angustia en Freud.**

La constatación del enigma que el estudio de la angustia inaugura, puso de manifiesto los atolladeros que llevaron a re-elaborar las premisas teóricas del propio Freud, circunscribiendo un retorno que si bien, posibilitó el desarrollo de variadas elaboraciones teóricas acerca de la angustia, también destacó los avatares que ella representa en el abordaje clínico de síntomas articulados con la misma.

Antecedente que delinea la importancia de discernir los virajes que Freud va esbozando tempranamente en la serie de textos que datan a partir de 1894, entre ellos; el Manuscrito E, Las conferencias 17 y 25 (1917), hasta “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), donde se afianza la conceptualización de angustia y de paso subraya la diferenciación que yace entre síntoma e inhibición, cuestión que será menester desarrollar en el presente apartado, donde se pretende además articular el papel de la angustia con relación a la segunda tópica. Lo que nos exhorta primeramente en delimitar las instancias que configuran esta última, y en la continuidad de su estudio dar cuenta de la concatenación de angustia con el Yo, así como los nexos con síntoma e inhibición.

Por ahora, sabemos que en principio Freud se esforzó por consolidar una base en términos fisiológicos, para expresar y sustentar sus primeros trabajos acerca de fenómenos psicológicos, constituyendo como parte de su estudio el enigma de la angustia, respecto a la cual hemos referido que ésta aparecía ante la interferencia de una tensión no descargada.

El recorte de una teoría que se encontró notoriamente permeada por una influencia biológica, orgánica en cierto modo ceñida a un marco científico que en su momento, fue crucial para darle un lugar a las premisas de un psicoanálisis reciente, de manera que las mismas le concedieran un posicionamiento al interior del gremio médico. Lo que invariablemente dio lugar a que los aportes encaminados en ofrecer una explicación como la etiología de las neurosis



actuales, ganaran terreno con una elaboración teórica en términos fisiológicos, en contraste con las psiconeurosis, que como hemos aludido a diferencia de las primeras, las segundas se encontrarán atravesadas por efecto de la represión.

Observamos entonces que las conceptualizaciones que se van configurando acerca de la angustia, plantean un recorrido por distintos periodos y constantes reformulaciones, situando en la trayectoria de su estudio freudiano, el pasaje del estatuto biológico al psíquico, siendo éste el asidero fecundo que posibilitará plantear la movilización de contenidos a través de retoños del inconciente, por los cuales facilitarán la migración de la angustia hacia el sueño, estudios que el historial del caso Hans advierte.

En ese sentido serán los sueños, fantasías y lapsus como formaciones sustitutivas de un síntoma a los que se anuda la angustia, y tal paso permite un cambio de posicionamiento, es decir, que las psiconeurosis se desmarquen de una explicación en términos orgánicos como primacía en la teoría inicial donde se colocaron las neurosis actuales, a fin de posibilitar un quiebre a la explicación o coagulación de sentido que antepone la fisiología, dado que éste marco teórico no permite cuestionar o al menos pensar las condiciones que precisa: el psiquismo, lo inconsciente y sus formaciones para atisbar un acercamiento al nudo que entrama síntoma, angustia y la segunda tópica.

Tal movimiento plantea así la investigación y el abordaje de las psiconeurosis entre ellas: fobias, histerias y neurosis obsesivas articuladas a un aparato psíquico que atravesado por la teoría de la defensa será pilar fundamental en el desarrollo de la segunda tópica. Cuestión que nos remite a considerar la acotación de síntoma y en lo posterior, ahondar en el cruce teórico así como distinción de lo referido en Freud como inhibición.

De inicio, hablar de síntoma en psicoanálisis, es abrir la posibilidad de leer un padecimiento que toma el cuerpo como superficie para hacer un lugar en el que se imprimen vivencias, y las palabras se tornan vehículo para recortar una historia que constituye, e intenta hablarse, que porta un camuflaje con el rostro de una

defensa ante aquello en lo que subyace un malestar y mismo que no se explica por una afectación orgánica, sino por el conflicto entre contenidos inconscientes, que aparece con las dualidades; satisfacción- insatisfacción, placer-displacer.

Ahora, de manera colateral, lo que observamos con el recorrido teórico del estudio de la angustia es que Freud deja de lado la premisa que había sostenido y de ahora en adelante ya no concibe a la angustia como libido trasmudada, sino que comienza a describirla como una suerte de reacción ante situaciones que representan peligro, el giro en el que entonces se entenderá la angustia va esbozando el indicio de una segunda teoría.

A razón de lo anterior desde 1895 Freud ya atestigua que: «La psique cae en el *afecto* de la angustia cuando se siente incapaz para tramitar, mediante la reacción correspondiente, una tarea (un peligro) *que se acerca desde afuera*; cae en la *neurosis* de angustia cuando se nota incapaz para reequilibrar la excitación (sexual) *endógenamente generada*.” (Freud, 1986, XX: 76).

Referencia que permite considerar un par de cuestiones, por un lado, tomar a la angustia como afecto que deviene ante un aumento de tensión frente a lo cual no se sabe qué hacer, pero que representa peligro, pero también permite enunciar los matices en que se nos muestra la angustia, entre ellas angustia automática y angustia de señal. Con relación a la primera, diremos que el gatillo desencadenante se activa ante una situación de carácter traumático que exacerba una condición de vulnerabilidad y desvalimiento del yo, el cual queda a merced de tensiones inasequibles de tramitar.

Entonces, la respuesta como una afrenta ante eso que desborda, activa la angustia como señal justamente a partir de la cual se percibe una amenaza, es decir, si la angustia automática inmuta y perturba, la señal de ésta parece ser una respuesta que tiene efecto en el yo implicando una reacción que podría derivar en lo displacentero por efecto de la represión, pero más aún con la posibilidad de ser captada por los yugos de la inhibición y mostrársenos como síntoma.

Vemos conveniente en este punto, enunciar que aquello que Freud va formulando como yo es elemento de una triada que constituye el aparato psíquico inscrito en el campo del inconsciente, ubicando en sus inmediaciones al yo como: “el representante [*repräsentieren*] de lo que puede llamarse razón y prudencia, por oposición al ello, que contiene las pasiones. Todo esto coincide con notorios distingos populares, pero sólo se lo ha de entender como algo aproximativa...” (Freud, 1984, XIX: 27). El yo entonces como instancia sujeta a las impresiones exógenas, tendrá alcances por tanto en el ello, que a diferencia del primero, encontrara su impulso con el principio de placer, mientras que el superyó desde la rigurosidad moral o un halo inquisitivo, dará pauta a directrices que se contraponen favoreciendo la proliferación de disyuntivas.

En virtud de que la angustia como señal en el yo se activa ante la percepción inicial de un peligro, Freud esboza que se trata de: “...la separación o pérdida de un objeto amado, o la pérdida de su amor; esta separación o pérdida puede, por diversas vías, conducir a una acumulación de deseos insatisfechos y, por ende a una situación de desvalimiento.” (Freud, 1986, XX: 77) las necesidades al verse suspendidas sugieren una discontinuidad al ya no ser satisfechas de forma inmediata, acentuando la vulnerabilidad de un sujeto que en los primeros años no es capaz de cubrirlas, sin embargo no hemos de reducir que se trata de una satisfacción física enteramente, sino el nódulo reside en apalabrar lo que se produce cuando el otro desaparece de la escena, lo que dice y se dice acerca de una grieta que abre un hueco.

El estallido de un llanto a corta edad, es así un llamado de auxilio, sollozo que bien puede ser susceptible de tomarse como la demanda que pugna por la presencia de una alteridad que sostenga y responda el eco de la propia existencia, escena que retrata como una acumulación de angustia irrumpe, y al no tener las condiciones para organizar el avasallamiento de tal monto, como una especie de oleaje es aquello ante lo que el yo se defiende.

Inferimos pues que, la señal que deviene es entonces el apronte de un displacer, es decir ya no se le toma un peligro externo sino que se muda en algo

del orden pulsional que nace con una ausencia, cuando algo se pierde aunque se desconozca qué, trayendo consigo la cancelación de una satisfacción en principio física y que al verse suspendida, sofocada e imposibilitada tiende a desplegar displacer. Derivado de esto, tenemos entonces que el placer implica un menos, o sea una disminución de tensión al alcanzar parcialmente su meta, mientras que en el caso del displacer se trataría de un más, o bien un aumento que tiende a producir mayor gasto de energía.

En ese eje, el yo ante un presunto peligro pone en marcha la advertencia ante la que nos hemos referido como una inminencia de peligro, apareciendo en su efervescencia el síntoma como un intento para delinear y contener los estallidos de una angustia que podrían desestructurar un sujeto, de suerte que tomamos al síntoma como escudo ante el cual el yo se guarece.

Hemos de precisar acorde con la formación de síntoma que una particularidad al respecto es que no es en modo alguno fortuito al yo, dado que su elaboración permite sustraer de éste un desprendimiento de angustia, a razón de esto decimos que la similitud que comparten la señal de angustia como la represión, es que ambas operan en el yo, visto así será la ebullición de la angustia lo que ponga en marcha a la represión como borde, al conciliarlo como una vía por la cual hay un cese de la excitación. En ese tenor, la puesta al respecto es que la instancia psíquica que rige la relación con la realidad, es un yo que no sólo percibe la angustia, sino también la activa.

### **3.1 Acotaciones en torno al yo como sede de la angustia**

El hecho de afianzar la premisa, de que ya no se toma a la angustia como una trasmudación, permite enfatizar que ella se aloja y moviliza en el yo, que recibe excitaciones tanto externas como internas siendo el receptáculo y repositorio donde la remembranza y contenido de huellas mnémicas tenderá a reproducir la angustia, y activar la represión como barrera de contención.

Siguiendo esta línea, conservamos pues "...la idea de que el yo es el genuino almacigo de la angustia, y a rechazar la concepción anterior, según la cual la energía de investidura de la moción reprimida se mudaba automáticamente en angustia." (Freud, 1986, XX: 89).

Tesis que permite subrayar el paso hacia una apreciación metapsicológica, permitiendo destacar que la angustia es inherente al yo, y no extraterritorial como el síntoma, no obstante la idea base es tomar nota del papel que esta instancia, el yo, jugara al situarse semillero de la angustia, y mediador de la querella que interpone el ello y superyó, en parte por el imperativo que pugna en satisfacer una moción pulsional y, su contra parte punitiva, de corte moral al no ser facilitada, lo que sabemos instala un conflicto psíquico, que anuda el efecto de la represión y produce deformaciones que se encarnan en cuerpos parlantes intentando decir algo, vestigios del inconciente o síntoma que intenta hacerse hablar.

De modo que sí: "La represión parte del yo, quien, eventualmente por encargo del superyó, no quiere acatar una investidura pulsional incitada en el ello. Mediante la represión, el yo consigue coartar el devenir inconciente de la representación que era la portadora de la moción desagradable." (Freud, 1986, XX: 87). Advirtiendo con esto que, los contenidos ante los cuales opera la represión no son en sí nuevos o que la represión es algo reciente, sino más bien que su operación recae sobre registros de huellas mnémicas, portadoras de mociones pulsionales ante las cuales el efecto de ser reprimidas abre un par de posibilidades.

Una vía asequible que planteamos, es la desviación que tendrá enlace con la formación de síntoma, derivado de que se intercepta una moción pulsional, la cual al no ser satisfecha buscara otras formas sustitutivas como un disfraz que le posibilite alcanzar cierta satisfacción, de ahí que las desfiguraciones sean intentos de avanzar o bien acceder a lo consciente.

Sin embargo, no es solo la desviación lo que aparece con la represión si no un impedimento que se muestra con la inhibición como un cese del curso excitatorio, vale abstenerse de no traducirla como un detenimiento manifiesto, es decir físico concretamente, sino cuestionar lo que subyace cuando envuelve a un sujeto, por lo que sostenemos como eslabón inicial que la inhibición sobreviene para suprimir la angustia comandada por la represión en el yo.

### **3.2 La función de la inhibición ante la irrupción de la angustia**

Lo que convoca a considerar la inhibición como un mecanismo del cual se vale el yo para hacer frente a dicho apronte, de manera que con la inhibición se traza el cese de una función, un impedimento en la ejecución, la cuestión que esto abre en las posibilidades en que se ve perturbado el yo.

Así, la inhibición en todo caso da lugar a una interferencia que se coloca ante la ejecución de una acción o continuidad que, de seguir su curso desprendería angustia, por lo cual su reverso implica una disminución, o sea un retroceso no volitivo de una función que se ve impedida, como una renuncia ante la posible apertura de un malestar que se gesta en el yo, permite el ahorro de una querrela interminable entre el ello y el superyó, al introducir el detenimiento, la suspensión de algo.

Son entonces limitaciones yoicas como la locomoción, lo que compete a la ingesta de alimento, lo laboral y sexual que presenten una torpeza o dificultad en su ejecución frente a las cuales la inhibición se defiende del vasallaje de angustia, proceso que sucede en el yo, a propósito del último aspecto serán pues: "...acciones obsesivas resultan ser precauciones y aseguramientos contra un vivenciar sexual, y por tanto son de naturaleza fóbica." (Freud, 1986, XX: 84).

Pasaje que no perdemos de vista en tanto nuestro interés se inclina en articular el paso de inhibición a síntoma que en adelante daremos lugar,

considerando que la fobia es una variante de hacer síntoma. Por ahora, reparamos en ahondar las condiciones que lo anterior precisa.

Nos servimos de retomar elementos del caso Hans, dado que si algo nos refiere el historial, es la irrupción de una dificultad que en aumento paraliza su andar, al punto de manifestar una negativa para transitar en la calle, especialmente ante la presencia de un caballo, de modo que su paso se adormece, lo que de manera visual se nos muestra bajo una disminución motora, es decir no avanza, algo no anda, inmutándose.

En ese tenor: “La incomprendible angustia frente al caballo es el síntoma; la incapacidad para andar por la calle, un fenómeno de inhibición, una limitación que el yo se impone para no provocar el síntoma-angustia.” (Freud, 1986, XX: 97).

Se renuncia a cierta función porque en su ejecución se desplegaría una angustia mayor, la cuestión es ¿qué se juega en la angustia que no resulta visible y sin embargo tiene efectos notorios? si la angustia como hemos aludido previamente es frente a lo cual se defiende el yo, entonces ¿qué es aquello ante lo cual defiende?

Acotar que tal respuesta responde a que se pone en juego la sexualidad como castración conlleva a dimensionar el efecto que apertura el deseo sexual que proviene del otro, pues si de algo el neurótico se procura defender es de la castración.

Acercas del síntoma como estela que deja el paso de la represión, obtenemos que: “Sin duda, la lucha defensiva contra la moción pulsional desagradable se termina a veces mediante la formación de síntoma; hasta donde podemos verlo, es lo que ocurre sobre todo en la conversión histérica. Pero por regla general la trayectoria es otra: al primer acto de la represión sigue un epílogo escénico *{Nachspiel}* prolongado, o que no se termina nunca; la lucha contra la moción pulsional encuentra su continuación en la lucha contra el síntoma.” (Freud, 1986, XX: 94).

### 3.3. El síntoma

El síntoma no es sino la disputa interminable de la moción que viene comandada por el ello y es sofocada; si advertimos que se despliega del ello es para situar que éste habita en el yo y su distinción reside cuando un conflicto aparece y se sobrepone al principio de placer, deviniendo así lo displacentero al no alcanzar la moción pulsional su satisfacción por efecto de la represión, la cual como hemos aludido opera por parte del yo. Lo anterior deriva entonces en una afrenta de la que es participe tanto el yo, como la represión y las mociones respecto a contenidos que engancharan el papel de la angustia.

Cabe mencionar que si algo caracteriza al yo, a partir de lo cual parece acentuar dicho conflicto, es porque: "...su energía desexualizada revela todavía su origen en su aspiración a la ligazón y la unificación...así se comprende que el yo intente, además, cancelar la ajenidad y el aislamiento del síntoma." (Freud,1986, XX: 94).

Se puede señalar así que en el síntoma se aloja algo del orden pulsional con un nexo sexual comandado por el ello para transitar por el yo, quien tiene noticia de esto cuando la moción interceptada y desplazada ahora bajo un síntoma, asegura el retorno de una moción que insistirá a partir de su estado insatisfecho, con esto aducimos que ese resto a partir del cual se constituye un síntoma es lo que no cesa y empuja, encontrando que:

"La perturbación parte del síntoma, que sigue escenificando su papel de correcto sustituto y retoño de la moción reprimida, cuya exigencia de satisfacción renueva una y otra vez, constriñendo al yo a dar en cada caso la señal de displacer y a ponerse a la defensiva." (Freud, 1986, XX: 96).

Si algo en efecto resulta inconciliable para el yo es la pulsión, concretamente por el sometimiento al que está expuesto éste, es decir el yo por parte del superyó, y la dificultad de éste para elaborar significaciones que se



desprenden de deseos, de manera que esto incide en que el síntoma, desde donde encontrara el motor que impulsará vestigios que insistirán una y otra vez causando escollos, deslices en el discurso y padecimientos que porta un cuerpo. De ahí que la salida que Freud propone en torno a un posible restablecimiento de dicha querrela protagonizada por el síntoma y el yo, encontrará una vía de reconciliación instaurada con la resistencia, dado que con ella sobreviene un decrecimiento de tensión, pues una vez obturado un contenido inconsciente en el aparato psíquico, el yo se ahorra en cierto modo el conflicto protagonizado por las diferencias que yacen entre el ello y superyó.

Y es que no se trata de una solución sino tan sólo una suspensión que deja la posibilidad de regresar con una afrenta más tarde, mostrándonos un yo endeble, supeditado a las exigencias de dichas instancias, es decir del ello y del superyó.

Conciliar este punto ha implicado un somero recorrido que permita esclarecer la distinción conceptual que previamente expusimos acerca de inhibición y síntoma, pues si bien es cierto implican un cruce y pueden acompañarse, una inhibición en todo caso podría ser susceptible de convertirse en síntoma, pero esto no precisa el tratarlos indistintamente, advirtiéndolo por tanto las condiciones en que se nos muestran para discernirlos; así un punto de igual importancia es no perder de vista que en el nexo con el yo, la inhibición recae en las funciones del yo, mientras que el síntoma queda por fuera de éste, un trazo que permite situar un adentro y afuera en la teoría freudiana, a fin de ubicar las nociones que en puntos de contacto producen efectos psíquicos como el pasaje de una inhibición en síntoma. Viraje que plantea una lucha de diversas maneras, donde el yo parece quedar a merced del síntoma, y en la elaboración de éste la concatenación con la angustia, por la cual ahondar en la distinción que corresponde ahora entre angustia y síntoma, merece un detenimiento, dado que una forma de pesquisar la primera, es con la investigación que la configuración de síntomas revela, esto en virtud de que las manifestaciones especialmente del caso

Hans, conceden una primera puntualización con lo incompatible que denota una reacción exacerbada enlazada a una expectativa.

En el caso Hans, hasta donde sabemos se coloca un peligro sin la correspondencia de un hecho a priori, el cual es introducido con pensamientos que generan la probabilidad de que algo suceda, lo que concede un rasgo intrínseco, vale no dejar de lado a qué contenido obedece en función de lo cual representa una escena lo amenazante y aunado a lo cual la distorsión enlaza la presencia de un animal.

Tenemos en ese sentido, una primera escena que tomamos como punto de arranque referida por Max Graf (padre de Hans), en la correspondencia sostenida con Freud, donde señala acerca del pequeño Hans, que se trata de: “...*miedo de que un caballo lo muerda por la calle.*” ( Freud, 1986, X : 21).

Situar que se trata de un miedo, implica la identificación y activación que un objeto despierta, es decir que ante la presencia de éste una reacción se despliega en el sujeto, miedo que si bien se articula a la fobia, genuinamente de manera rápida hace entendible tal respuesta, la cuestión con Hans es que si no hay una experiencia de peligro con el animal y tomamos por miedo dicha reacción, sería una aseveración osada y sesgada de nuestra parte, ya que no termina por sostenerse que se trata sólo de un presunto miedo cuando no es entendible por qué un caballo, más aun qué del caballo, ese hueco como interrogante aunado a una imposibilidad de nombrar lo que ahí se produce, permite ahondar desde esa perspectiva lo siguiente: “El niño [al comienzo] no puede saber de qué tiene miedo, cuando Hans, en el primer paseo con la muchacha no quiere decir de qué tiene miedo, es que tampoco él lo sabe.” ( Freud, 1986, X : 23).

De modo que, a partir de los pasajes descritos por el padre de Hans, se acierta un punto clave con el sollozo que manifestaba ante el porvenir de una separación<sup>23</sup> esto, como una condición prevalente, dado que la perturbación

---

<sup>23</sup> Acorde con la correspondencia que data el 7 y 8 de enero de (año), Max Graf, alude en sus observaciones acerca de Hans, la repetición acerca de una imposibilidad para transitar en la calle y

manifestada en Hans, no se ciñe únicamente cuando ve el caballo o permanece fuera de casa, sino tal parece que yace en el momento que algo le falta. Constriñéndonos a replantear en lo sucesivo, la disyunción que demarca al miedo de la angustia, derivado de las condiciones que precisa cada uno para que se presente.

A razón de ello, nos interesa destacar que si un miedo se encuentra articulado a la identificación de objeto, resaltando que por objeto lo traducimos como representación psíquica del objeto no como algo tangible que parece mostrar la posibilidad de nominarlo, considerando que un miedo no sólo atañe la sensación que produce sino que se acompaña la idea de que algo puede suceder, en contraste con la angustia, que al producirse abre un intersticio que vierte un desconocimiento para el sujeto, develando así la particularidad de escapar al lenguaje, es que ella irrumpe y, a diferencia del miedo, la angustia será sin un objeto y por tanto innombrable, no deja de ser un afecto pero en contraste con el miedo en el cual hay un referente de algo específico del objeto, algo que pone en riesgo al yo y la persona misma, así no sabe en un primer momento qué es lo angustiante sino hasta que puede ser susceptible de elaborarse.

Apelamos entonces a que lo fundamental de la angustia, es entonces considerar que puede acompasar al síntoma, pero esto no es equivalente de tomarla como síntoma en sí, cuestión que desarrollaremos en este apartado.

Comencemos por un punto de importancia que se atisba al estudiar la elaboración de las neuropsicosis de defensa, se trata de la constitución de un síntoma, pues cuanto más se muestra resistente como una pieza solidificada, tanto mayor aminora la injerencia de que sobrevenga la angustia, lo cual podría entenderse precisamente con la función que cumple en los síntomas obsesivos el ritual, pues tal acción nos sugiere que ahí donde se remarca un hacer repetitivo

---

permanecer fuera de casa, el distanciamiento que ello procura con relación a su madre es desde entonces un fino elemento que inaugura los efectos que desencadena la ausencia, el distanciamiento donde no aparece su objeto amado. Recordemos también que en este periodo se elaboran los sueños de angustia, expresando el desazón de carácter displacentero, toda vez que se presenta la falta.

bajo un ritmo que conserva un orden, se sostiene la certidumbre, y por tanto pareciera en ese repaso de la mismidad, suprimirse el apremio de lo diferente, aquello donde un destello de angustia toma por sorpresa a un sujeto.

Podemos pensar en el caso de las fobias, que si bien estas articulan algo de naturaleza angustiante, esto tan sólo es tratado y asequible por el psicoanálisis a través del síntoma, especialmente el acceso al contenido que se articula a ésta, dado que hemos acentuado ella es innombrable, despojada de sentido, se intenta alcanzar aproximaciones que en todo caso nos adviertan aquello que la causa.

### **3.4 El estudio de la angustia a partir de la constitución del síntoma**

Desde esta perspectiva, las coordenadas en el estudio de nuestro tema posibilitan apreciar que síntoma y angustia son nociones que si bien se concatenan, se encuentran diferenciadas, pues la angustia no se desplaza, y su sede como hemos mencionado no es por fuera del yo, donde se aloja y está al servicio del mismo, advirtiendo con su alerta de vez en vez, una amenaza que desarrollaría una angustia desbordante.

Así, se puede señalar con lo anterior que se trata de dos términos que no han de tomarse unificados. Por un lado, sabemos que el síntoma representa la sustitución de una satisfacción de carácter pulsional que ha sido imposibilitada, misma que se incuba y más tarde luego de una determinada formación sustitutiva, aparece como la fobia correspondiente en el caso de Hans, recordándonos que la particularidad del síntoma es el retorno de una moción que busca resarcirse y que a su paso perturba.

Continuando con el caso Hans y la elaboración de la teoría de la angustia, Freud señala que “Se trata no de una angustia indeterminada frente al caballo: sino de una determinada expectativa angustiada: el caballo lo morderá. Ocurre que este contenido procura sustraerse de la conciencia y sustituirse mediante la fobia indeterminada...” (Freud, 1986, XX: 97).

Siguiendo esta lectura, la expectativa como un rasgo que supone un presunto peligro para sí, incorpora la suposición que nace con una idea, pero ésta sugiere el nexo con representaciones inconscientes, por lo cual la reacción que Hans muestra cuando se le impone un caballo, de entrada al no considerar este enlace, no sólo aparecería en el campo de lo incomprensible, sino que dejaría de lado la posibilidad de apreciar la singularidad del síntoma, al colocar algo intangible en un objeto externo, de ahí que sea menester averiguar las motivaciones que impulsan la elección del caballo como objeto en el que se deposita aquel contenido con apronte angustiante, teniendo un pasaje que deforma un hilo conductor en torno al contenido que se encadena a la angustia y su alcance con el síntoma, cuestión que en adelante habremos de esclarecer, pues el intento del psicoanálisis es echar luz donde el enigma nace, con la salvedad de no asir un agotamiento teórico.

Acercas de la fobia en Hans, lo que Freud enarbola, es que se trata de una moción pulsional desagradable que una vez reprimida su representación, encuentra una salida por medio de una fobia, lo que implica: “la sustitución del padre por el caballo. Es pues, este desplazamiento {descentramiento} lo que se hace acreedor al nombre de síntoma..” (Freud, 1986, XX: 99).

La connotación permeada por hostilidad que prevalece en la moción, es un elemento que plantea un aprieto asentado en Hans, apareciendo sentimientos que bajo una diada de amor y odio se dirigen a una misma figura, en su caso al padre: “El conflicto de ambivalencia no se tramita entonces en la persona misma; se lo esquiva, por así decir, deslizando una de sus mociones hacia otra persona como objeto sustitutivo.” (Freud, 1986, XX: 99).

Es decir, el sofocamiento de la moción desagradable encausa que ésta quede por fuera de su acceso a la consciencia y una redirección tangible posibilita su tramitación, desde luego en tal operación el material clave en búsqueda de un lector será susceptible de mostrar eslabones respecto al contenido que se articula con un objeto determinado, trabajo que tiene a bien ser tratado en las elaboraciones que el psicoanálisis apuntala.

Ahora bien, de manera análoga respecto a las zoofobias, otro caso sobre el cual echa luz en un primer momento la teoría freudiana es en torno al ya conocido caso del “Hombre de los lobos”, acerca del cual mencionamos que no ahondaremos sino se trata de recuperar las condiciones que subrayan la premisa fundamental correlacionada con lo planteado en Hans que en adelante especificaremos.

Por lo que nos interesa destacar con relación a Serguéi Pankéyev,<sup>24</sup> la anotación que Freud arguye al describir respecto a la fuente del síntoma manifiesto que:

“...era el lobo el animal objeto de angustia, pero al mismo tiempo tenía el significado de un sustituto del padre. A raíz de un sueño que el análisis pudo volver transparente, se desarrolló en este muchacho la angustia de ser devorado por el lobo como uno de los siete cabritos del cuento.” (Freud, 1986, XX: 100).

La observación a la que se llega es una sustitución implicada en ambos síntomas que atañe el desplazamiento como un intento por dar salida al conflicto psíquico que acaece con la incompatibilidad de dos mociones, a saber lo afectuoso, nominado como el lado tierno, en contraste con lo hostil, tomándose en el caso de la fobia una forma de tramitar la disyuntiva que dicha contraposición abre.

Cuestión que nos lleva a considerar el síntoma como una estrategia y un movimiento que dentro del aparato psíquico permite al yo: “...ahorrarse la angustia, que ha aprendido a mantener en suspenso por un lapso, y a ligarla mediante una formación de síntoma.” (Freud, 1986, XX: 133-134).

---

<sup>24</sup> Nombre del caso referido como el Hombre de los Lobos, derivado de la narración que Sergei comparte a Freud acerca de un sueño de angustia, en el que retrata como una serie de lobos asentados en un árbol le miran fijamente, condición que seriamente llega a perturbarle, pues el lobo inspira por un lado miedo y con ello sobreviene la idea de que pueda ser devorado, y por otro, de acuerdo con el análisis de la escena, se retoma como elemento portador de un rasgo desplazado del padre, dilucidando la articulación de tal síntoma con tempranas experiencias sexuales infantiles.

A su vez, tal planteamiento nos conduce a puntualizar que por este camino es como el yo se sustrae del vasallaje que puede representar la angustia por medio de su señal, de ahí que esté al servicio del yo y el yo se defiende así de la fobia como síntoma al que subyace un conflicto de ambivalencia. Como aduce Freud respecto a Hans:

“...mediante la formación de su fobia se cancela también la investidura de objeto madre tierna, de lo cual nada deja traslucir el contenido de la fobia. En Hans se trata... de un proceso represivo que afecta a casi todos los componentes del complejo de Edipo, tanto a la moción hostil como la tierna hacia el padre, y a la moción tierna respecto de la madre”. (Freud, 1986, XX:102).

Es la desfiguración que caracteriza al síntoma, el mecanismo por el cual se conservan vestigios, dado que el inconsciente retorna desfigurado, especialmente contenidos que pululan en el aparato psíquico permaneciendo inconscientes y que al ligarse a una representación producen angustia, la cual al ser interceptada por la represión evita un desbordamiento mayor para un sujeto. El giro que esto concede a la teoría de la angustia es clave, pues ya no se trata en un primer tiempo que al instalarse la represión enseguida adviene la angustia, sino que ahora es a la inversa, a decir de la premisa freudiana primero se sucita angustia y luego entonces interviene la represión. Acotando de este modo lo siguiente:

“En ambos casos, el motor de la represión es la angustia frente a la castración, los contenidos angustiantes –ser mordido por el caballo y ser devorado por el lobo– son sustitutos desfigurados {dislocados} del contenido <<ser castrado por el padre>>”. (Freud, 1986, XX: 103).

Se trata de la castración inminente por la cual se resignan pulsiones agresivas u hostiles, permaneciendo inconscientes y desplazadas en sustitutos que no son sino agentes que puedan despojarles algo, y en esa concordancia la falta se coloque en los mismos. Una síntesis de lo precedente se encuentra en una frase de Freud cuando expone:

“La mayoría de las fobias, hasta donde podemos abarcarlas hoy, se remontan a una angustia del yo, como la indicada, frente a las exigencia de la libido. En ellas la actitud angustiada del yo es siempre lo primario, y es la impulsión para la represión. La angustia nunca proviene de la libido reprimida” (Freud, 1986, XX: 104).

Precisando en torno a la condición del yo que, pese a su fachada de dominio que ya con anterioridad hemos advertido queda subordinado al ello, superyó como a los estímulos externos, retratando un yo endeble que en consecuencia es tocado y afectado por las amenazas que figuran: “...del mundo exterior, de la libido del ello y de la severidad del superyó ... pues la angustia es la expresión de una retirada frente al peligro”. (Freud, 1984, XIX: 56).

Retirada que se pesquisa con relación a ciertos síntomas, donde el efecto de la represión repara en desalojar de la consciencia determinado contenido, por lo que no se tiene noticia de éste y captado en un síntoma, el sujeto padece aquello que desconoce.

Ahora, si previamente hemos dilucidado la articulación de la angustia con las fobias, ha sido para indicar una vía en la que posibilita el síntoma ahondar en su estudio, mostrándonos que la particularidad en las fobias respecto a la angustia es que ella puede ser declarada, característica que marca la diferenciación de lo que sucede en las neurosis obsesivas que ya en adelante abordaremos. Nos interesa subrayar el cuidado de no tornar lo singular en plural, dicho de otro modo, no en todo síntoma está presente la angustia debido a que no aparecen las condiciones para confesarla, en el caso de la histeria de conversión vemos un estallido afectivo vehiculizado por el cuerpo que desencadena la motilidad sin implicar por ello un desarrollo de angustia.

De modo que, tomamos las fobias como una variante de síntoma en las que se tiñe la angustia y a las cuales estudiamos en los virajes que las teorías de Freud formulan, ejercicio que nos exhorta en volver al análisis de premisas inscritas y atravesadas por distintos tiempos, tomando nota del papel que yace



con la primera y segunda tónica, las teorías de las pulsiones que permitan dar cuenta del cruce entre angustia y determinadas formaciones de síntomas como es el caso de fobias y neurosis obsesivas.

Para continuar nuestra averiguación en torno a las neurosis obsesivas y las particularidades que observamos de tal síntoma, como punto de partida encontramos que en la constitución de ellas se anuda una formación de compromiso, formación que alberga contenidos inconciliables entre el deseo y la defensa, lo que mantiene una contradicción interminable convocando: mociones e instancias que se concatenan al yo y son claves en el anudamiento del síntoma obsesivo, nos referimos al ello y superyó.

### **3.5 Efectos del superyó en determinada formación de síntoma: las neurosis obsesivas**

En este apartado nos interesa pues, esbozar la forma en la que el superyó se articula a la lucha que un síntoma sostiene con la apremiante oposición de mociones y su imbricación con la angustia. Acerca de los nexos participes que configuran el síntoma obsesivo una precisión que encontramos prontamente desde el marco freudiano alude que: “Constituye un triunfo de la formación de síntoma que se logre enlazar la prohibición con la satisfacción, de suerte que el mandato o la prohibición originariamente rechazantes cobren también el significado de una satisfacción...” (Freud, 1986, XX :107).

La dualidad parece ser así un hilo conductor y condición para fraguar un síntoma, por un lado, al sostener esfuerzos e intentos encaminados en satisfacer una pulsión de forma parcial, y por otro, topando con la denegación de tal aspiración por vía de la prohibición, situándole en el campo de lo imposible, y en tanto imposible nos permite considerar en un horizonte teórico lo que se juega en el síntoma obsesivo, pues como sabemos la pulsión se vale de nuevos disfraces para deslizar las barreras de la defensa a fin de alcanzar una presunta

satisfacción. Cabe mencionar que la cuestión que emerge a partir de la denegación y cambio de directriz pulsional será el ápice para articular la incidencia del superyó.

La averiguación en torno a las neurosis obsesivas nos muestra además que su constitución implica una temporalidad retroactiva, siguiendo la lectura de Freud se trata de dos tiempos en que se tejen las características del síntoma obsesivo, el primero de estos inaugurado con un acto inicial que en su propia continuidad será cancelado por el segundo, el cual cumple una función de borramiento, o en otras palabras se deshace un registro, entonces un acto posterior tiene efecto sobre el primero, de modo que la cancelación que se dilucida es susceptible de ser leída por nuestra parte como la función que permite un borde que no solamente contiene, sino que al mantener una forma no aloja el asombro de lo diferente, pero también posterga la interrogante que eche luz acerca de la motivación que apuntala la anulación del acto inicial, de ahí que para esclarecer las causas de tal movimiento nos veamos empujados en ir desarrollando tal cuestión.

Un punto central que da cuenta justo del arreglo que las neurosis obsesivas instan es su retroactividad y un redireccionamiento que nos remite a considerar un elemento, se trata de: “El forzamiento de la regresión, traducido como el primer éxito del yo en la lucha defensiva contra la exigencia de la libido.” (Freud, 1986, XX: 109), es decir, ante el vasallaje que representan las exigencias de la libido que como previamente aducimos, no son otra cosa que alcanzar la satisfacción a través de un objeto por el cual se posibilite tal pretensión, la forma en la que el yo se defiende de tal aspiración es truncando su avance, queremos decir con esto que, el yo desvía de manera temporal la directriz que porta la pulsión como una alternativa para librarse de la perturbación que ésta desencadena por medio del síntoma, pues es bien sabido que la pulsión no cesa y que de su insistencia da cuenta el regreso por variadas vías.

En esa concordancia Freud señala desde una explicación metapsicológica un rasgo fundamental que observó en las neurosis obsesivas esto es, lo correspondiente con: “...la regresión libidinal e intentarse enlazar con ella también

el el carácter del superyó.” (Freud,1986, XX:110), dado que el forzamiento de tal movimiento implica que en la regresión aparezca una desmezcla de pulsiones suscitando una especie de efervescencia entre pulsión de vida y muerte, que si en principio se anudaron, ahora con la regresión yace una separación en cierto modo parcial pero abrupta dando lugar al predominio de la última, aspecto que remarcará el carácter del superyó.

Con la desmezcla de las pulsiones ante el retroceso, nos advierte además que se trata de un retorno que va del periodo genital fálico al anal sádico, desde donde las neurosis obsesivas intentarán resolver el complejo de castración. Dicha movilización involucra así la retroacción que incide en la severidad que el superyó ejerce hacia el yo, pues ante la percepción de dar fin a algo que convoca y a la par amenaza al superyó éste pareciera que se torna más cruel. Si bien aún no tenemos claridad sobre este punto que en lo sucesivo retomaremos, de momento permite recuperar uno de los mecanismos que se enlazan al superyó en el ejercicio de la defensa, nos referimos a: “...formaciones reactivas que se producen dentro del yo del neurótico obsesivo y que discernimos como exageraciones de la formación normal del carácter.” (Freud, 1986, XX: 110).

Mecanismo que sostiene investida una contradicción, queremos decir que una formación reactiva como una variante de la que se hace la defensa para tornar incomprensible una acción, asegura que una moción hostil no salga a la superficie o bien, que sea descubierta si se envuelve con una exaltación amorosa, pues lo inconciliable o en otros términos lo desagradable es sofocado, mezclándose con el síntoma, a propósito del cual sabemos que, en tanto producción inconsciente es el expresionismo de dos fuerzas opuestas que instauran el nodo central de la trama edípica.

Recordemos que, el dilema de la contradicción y motor de la defensa, recae en el complejo de Edipo. Y la oposición que el escenario de las mociones nos muestra encuentra una salida a través de la castración, que atenta algo del superyó remarcando su aspecto martirizador, pero a partir de ella se vuelve asequible resignar mociones, lo que trae consigo el desplazamiento de las mismas

sobre objetos secundarios, queremos decir por fuera de la cadena familiar donde se invisten los primeros objetos.

Continuando con la desfiguración que consiguen las neurosis obsesivas para burlar la defensa ante el impedimento de la satisfacción pulsional, observamos que la constitución de formaciones reactivas en el yo juegan con el camuflaje del conflicto base, mostrando caras de forma contrariada, es decir una moción hostil queda sepultada al ser cubierta con un halo amoroso. De ahí argüimos la posibilidad de conservar un registro erótico silenciado ante la deformación que justamente lo oculta, permaneciendo desapercibido.

Aunado a esto nos permite la oportunidad de puntualizar otro punto, se trata del desconocimiento que el yo muestra ante el cauce de la regresión de la libido, dado que a su paso le dirige: "...invitaciones crueles y violentas que le son enviadas desde el ello a la conciencia, y ni sospecha que en verdad está luchando contra unos deseos eróticos, algunos de los cuales se habrían sustraído en otro caso de su veto." (Freud, 1986, XX: 111)

Recordemos que el yo desexualizado, apenas roza algo de carácter sexual ante la proximidad que sostiene con el síntoma, el cual dada su naturaleza al perturbar al yo termina por ser apartado de éste. A su vez, tenemos también que la configuración de formaciones reactivas como medidas de aislamiento que elabora el yo respecto a nexos eróticos para asegurar un distanciamiento, coadyuvan en el desalojo de dicho contenido por fuera de la conciencia.

Entonces el sujeto obsesivo cuando se aproxima a un camino que apuntala satisfacción, o ahí donde emerge el deseo le asalta el temor, echa andar una retahíla de pensamientos así como actos que repite, por ejemplo el ritual o la meticulosidad que denota en las palabras pronunciadas, intentando blindar una barrera de manera tal que no sobrevenga algo que le produzca angustia, pues un acto que queda por fuera de la cadena repetitiva es un hacer con el deseo, cuestión de lo que se busca tomar distancia, en lo cual la injerencia del superyó en

un papel punitivo, ejerce prohibición y culpa que fecunda en el obsesivo prolonga el atemperado conflicto.

Lo que en principio figuró como una victoria del yo, ante la pugna de las exigencias de la libido, devela en la posteridad los efectos de la regresión con la dinámica del yugo inexorable del superyó, como instancia rígida que se reafirmará justamente:

“...en la sofocación de la sexualidad cuanto que ella ha adoptado unas formas tan repelentes. Así, en la neurosis obsesiva el conflicto se refuerza en dos direcciones: lo que defiende ha devenido más intolerante, y aquello de lo cual se defiende, más insoportable; y ambas cosas por influjo de un factor: la regresión libidinal.” (Freud, 1986, XX: 111).

Es que la sutil apariencia que el superyó porta para hacerse el desentendido de que ha sido el que comandó la represión producida desde el yo, depara en que habiten en este último, sentimientos de culpa ininteligibles para dar cuenta de la causa de ésta. Proponemos entonces que la culpa viene a pausar lo que no está permitido que acontezca, aísla, suspende el acto, colocando un freno ante lo pulsional, una dilación del deseo que ante el predominio del superyó en el yo, a menudo remarcara exigencias superyoicas acentuando la severidad y censurando satisfacciones libidinales a las cuales se renuncia, en este marco se circunscribe por tanto la culpa como primacía en el síntoma obsesivo.

En esa línea, secundando la premisa de Freud lo que describe es que “La conducta del superyó es enteramente comprensible; la contradicción dentro del yo nos prueba, solamente, que por medio de la represión él se ha clausurado frente al ello, en tanto permanece accesible a los influjos que parten del superyó.” (Freud, 1986, XX:112).

Retomando las formas en que permea el superyó al yo, se advierten dos mecanismos ya esbozados, se trata del borramiento que procura la anulación y las

medidas precautorias de las que se vale el yo para protegerse y aislar el eslabón que remita en una cadena asociativa un evento reprimido, permaneciendo en una querrela constante y cancelando al mismo tiempo el pasado del cual no busca tener noticia, pasaje que funda la repetición, la repetición como una forma de recordar lo olvidado, aquello que desconoce y no ha sido elaborado. Así:

“Lo que no ha acontecido de la manera en que habría debido de acuerdo con el deseo es anulado repitiéndolo de un modo diverso de aquel en que aconteció, a lo cual vienen a agregarse todos los motivos para demorarse en tales repeticiones... tenemos pues que en la neurosis obsesiva: la vivencia no es olvidada, se la despoja de su afecto, y sus vínculos asociativos son sofocados o suspendidos y ni siquiera se la reproduce en el circuito de la actividad de pensamiento.”  
(Freud, 1986, XX:115)

En tanto tienen lugar las acciones obsesivas, se acrecienta la imposibilidad de la conexión de asociaciones, denotando un elemento fundamental de las neurosis obsesivas, repelar el contacto, de ahí es comprensible que la función de las medidas aseguren una separación de afecto. A razón de esto decimos pues que se cancela la posibilidad de contacto en dos direcciones, externa por vía motriz a través de manifestaciones como rituales, e interna mediante la fuga de dudas que no permite se asocien pensamientos.

De esta forma, encontramos que aquello a lo que apuntalan dichos esfuerzos está ligado con dar sepultamiento al complejo de Edipo, retomando que en la encrucijada acontecen sentimientos ambivalentes y que la operación que procura una salida en tanto corte, sitúa la pérdida de un objeto, reproduciendo la señal de angustia como una defensa, en ese sentido Freud alude: “...el motor de la renuencia del yo es la angustia de castración,... que ...sólo en las fobias sale a la luz...” (Freud, 1986, XX:117) es que con la fobia la expectativa angustiada migra y se postra en un objeto externo bajo una expresión deformada, tenemos entonces un presunto miedo de ser mordido por el caballo como sustituto de la castración que anuncia el padre, posibilitando tramitar el conflicto ambivalente.

Sí “...la angustia de la fobia es facultativa, sólo emerge cuando su objeto es asunto {*Gegenstand*} de la percepción... cuando está presente la situación de peligro.” (Freud, 1986, XX: 119) de ahí que la inhibición que emerge en Hans se presente ante una exposición que anuncia peligro.

Hasta aquí hemos dicho que una forma de tratar la angustia es mediante el síntoma, lo que va esclareciendo cómo el efecto que se gesta en el yo, al mismo tiempo que responde a las exigencias de la libido, posibilita las condiciones de crear una forma para mediar el impacto por medio de la constitución del síntoma como una defensa.

Así, el despliegue que trae la imbricación de la angustia en el yo dará lugar al esbozo de variadas afectaciones que se inscriben en el cuerpo, planteándonos en este punto al menos dos acepciones; por un lado: el efecto al cuerpo del ser parlante y por otro, el efecto al sujeto<sup>25</sup> es decir, cuerpo no es equiparable a sujeto, distinción que remitimos para destacar la articulación entre cuerpo y afecto.

Particularmente el afecto<sup>26</sup> de la angustia, que trastoca y que seguirá en la lectura de Lacan referida como una señal, pero una señal de eso imposible de pasar a la palabra que se produce en un punto de contacto cuerpo-angustia en su encuentro con el objeto.

Anteriormente hemos mencionado ya, que la angustia precisa de la noción del mismo en la teoría freudiana, sin embargo el objeto del que hablará Lacan precisa una contra lectura que dista de la propuesta de Freud, advirtiendo los alcances de su metapsicología para dar continuidad con los elementos que

---

<sup>25</sup> Para precisar, el sujeto en psicoanálisis que retomamos se diferencia de la noción de cuerpo, pues si bien precisa de éste como vehículo, sólo es localizable en la discursividad, leyéndose entre significantes, por tanto un sujeto no es sin su cuerpo, y el afecto que afecta al sujeto no es de éste, es sobre éste, en consecuencia son implicaciones que se diferencian aunque converjan en algún punto.

<sup>26</sup> Es importante no desestimar que no solamente la angustia se ha estudiado como afecto en psicoanálisis sino también la tristeza o cólera por citar algunos, sin embargo retomamos la angustia para ubicar su particularidad e implicaciones con el síntoma y clínica.

retomamos de Lacan en vías de apuntalar las divergencias que yacen en el estudio de la angustia.

### **3.6. Alcances de la segunda teoría de la angustia en Freud, desde una contra lectura con la teoría de Lacan.**

Hablar de angustia y objeto, en este punto merece un detenimiento para subrayar las cualidades que constriñen la noción de objeto como invención desde la lectura de Lacan, pues si bien es cierto como premisa fundamental sostuvo que la angustia no es sin objeto, el viraje en su concepción implica recuperar elementos que permitan situar el objeto al que se refiere con lo que nombrará como *a* minúscula, puesto que ya no se tratará en más de un objeto articulado con una representación como en la teoría freudiana, sino un “objeto *a*” que hace un lugar y en ese hacer(se) produce bajo ciertas condiciones.

En esa concordancia, un acercamiento inicial da cuenta en el texto: “Los nombres del padre”, Lacan va a referir que: “...el objeto *a* es lo que ha caído del sujeto en la angustia, es el mismo objeto que designaba como la causa del deseo.” (Lacan, 2005: 71)

Entonces, ese objeto *a*, aunque parece fundarse en el objeto perdido del deseo que la teoría freudiana arguyó, esto sólo es para apuntalar un elemento clave, a saber, que se trata de un objeto sin la posibilidad de ser encontrado y en consecuencia no es asequible de conocerse.

Lo que permite ubicar acerca del objeto *a*, que éste no se ciñe pues a la imagen y aunque es el discurso participe de su producción no lo aprehende, describiendo que se trata de un objeto inasible, impronunciable, por fuera del campo de la representación, la intención en este momento es destacar las condiciones y el efecto que tiene tal objeto en contraste con la lectura de Freud para advertir los alcances en el estudio de la angustia.



Así, preferimos dar continuidad a los rasgos que permiten dar cuenta del mismo, sosteniendo que el objeto *a* pese a que carece de imagen especular, su presencia se advierte con un vacío, un hueco que como se señala en el seminario X. “La angustia”, será el objeto *a* como real, de tal manera que si este objeto no circula y nadie puede poseer, el orden de la pérdida posibilita al caer, el bordear un lugar, y en ese tenor no vuelve a ser encontrado, siendo irrecuperable<sup>27</sup>, colocando la marca de aquello imposible de alcanzar. Es pues lo desconocido que proponemos como el trazo de un punto en topología, si bien es cierto abre, no es posible saber, agotar lo que en él aparece, siendo lo evanescente una cualidad, así la mirada será una forma en la que dirá Lacan ubica el objeto *a*, añadiendo a su vez que ahí también se convoca al Otro.

Ahora, lo que es menester destacar, es que con relación al objeto *a*, el síntoma es una forma para atenuar la angustia, implicando con esto, una serie de esfuerzos encaminados en velar lo que del objeto cayó y se perdió, pues si bien con su paso inscribió un registro, aun cuando no se sabe nunca lo que se tuvo, de tales condiciones emerge la función que será el motor de dicha búsqueda, es decir el objeto *a* como causa de deseo que es real y no es del sujeto, sino del deseo del Otro barrado, ubicando la angustia como signo de tal encuentro, sujeto-deseo-Otro.

En ese tenor, traer a colación el aforismo que alude “el deseo es el deseo del Otro” permite ubicar dos acepciones, por un lado para remitir lo que se juega al desear al Otro y segundo, diferenciar el desear lo que el Otro desea.

Efectuación a partir de la cual el objeto *a* opera la angustia, en tanto que ésta como afecto se desencadena ante la revelación del deseo. Y es que la angustia como señal hasta aquí ha tomado distancia del planteamiento freudiano, en el cual hemos previamente comentado que ella se hace latente ante un apronte

---

<sup>27</sup> Lacan introduce la noción de *a*, como signo que remite a algo que no está, al objeto perdido y sin embargo, que ocupa un lugar y enlaza una función. En esa concordancia el objeto *a* minúscula será el acceso al Otro, lo que pone el acento en que éste posibilita articulaciones para pensar la teoría y la clínica, desde la algebra y topología. A su vez, vale la pena mencionar que la letra *a* y *A*, provienen de la palabra *autre*, que en francés es el modo de decir Otro; por tanto el objeto *a*, es una referencia de alteridad.

de displacer, o bien como la manifestación que surge de una libido insatisfecha, recordando que ésta se desencadena ante una amenaza ante la ausencia de objeto en Freud, inaugurando una pérdida.

La diferenciación que acaece con Lacan, será por un lado que al concatenarse el deseo con la noción del objeto *a*, la angustia advierte que algo falta y que es imprescindible ubicar que no se trata de una falta que remite al objeto como representación en Freud, sino permitiéndonos avanzar un poco más veremos que se trata de una ausencia de significante para Lacan, de manera tal que la angustia como señal, parece ser entonces una señal de nada, no dice nada porque no tiene texto, poniendo de manifiesto lo real.<sup>28</sup>

Es decir, que hay una afectación que tiene lugar por vía de la angustia como señal de lo real, así: “en la angustia...el sujeto se ve afectado por el deseo del Otro, se ve afectado de una manera inmediata, no dialectizable, por eso la angustia es lo que no engaña en el afecto del sujeto” (Lacan, 2005:70)

Bosquejando que si tal irrupción tiene efectuación de sobremanera es por la condición misma de pase directo, en el que la angustia no está anudada a palabras. Siguiendo la trayectoria de tal movimiento, consideramos pertinente introducir una aclaración más, es en torno a la noción de sujeto dada la confusión que esto probablemente desencadene al enunciar el afecto del sujeto.

Para esto nos permitimos recuperar los pronombres *je* y *moi*, con relación al posicionamiento del sujeto. Donde el *je*, como agente se entrama en el campo de la enunciación, siendo lo que se produce con la articulación de significantes al mismo tiempo que da cuenta del sujeto dividido que por momentos aparece, a razón de lo cual Álvarez sostiene que:

“...esta división del sujeto tiene su origen como efecto del lenguaje: «el sujeto es efecto del significante». «Que el sujeto como tal está en la

---

<sup>28</sup> En lo real hay significante, el significante es de orden simbólico, pero el significante por sí mismo no dice nada, sino cuando un significante es para otro significante, mediante la dialectización.

incertidumbre, por la razón de que está dividido por efecto del lenguaje... el sujeto sólo es sujeto al ser sujeción al campo del Otro, el sujeto proviene de su sujeción sincrónica en este campo del Otro».” (Álvarez, 1989, 282-283).

Entonces, el sujeto es efecto así de las operaciones que se producen con: los significantes, el Otro, el lenguaje y en consecuencia el discurso como tapiz donde se alcanza a mostrar de forma intermitente. De ahí que el sujeto del inconsciente que por momentos aparece no es sino el sujeto de la enunciación que en momentos se expresa.

Así Rodríguez Ponte recupera de la clase 04 del 06 de diciembre de 1961 en el seminario de “La identificación” de Lacan que: “el significante, al revés del signo, no es lo que representa algo para alguien, es lo que representa precisamente al sujeto para otro significante. (Rodríguez, 1993:23)

A manera de analogía, lo pensamos como los eslabones que forman parte de una cadena donde deviene el sujeto, pues la continuidad precisa de uno y otro en los que hay huecos y apenas un enlace, de modo que como más adelante en el seminario “De un Otro al otro” acorde con la lectura de Lacan, señala:

“Observen bien, que cuando hablo de significante, hablo de algo opaco. Cuando digo que es necesario definir el significante como lo que representa a un sujeto para otro significante, eso significa que nadie sabrá nada al respecto, salvo el otro significante. Y el otro significante no tiene cabeza, es un significante. Al mismo tiempo que aparece, el sujeto es enseguida ahogado, borrado.” (Lacan, 2013:20).

Esclareciendo con esto acerca del sujeto, que éste aparece y desaparece, así sólo podemos dar cuenta en las inmediaciones de los significantes, donde esporádicamente se muestra.

Por otro lado, acerca del *moi*, se tomará para referir que alienado en el campo de la imagen especular remite a *personne*, es decir un humano concreto,

ubicado con relación al mundo quien a nuestro parecer toma el *Je* para encarnarse y nombrarse, pues aquel que por efecto de los significantes se ve atravesado por la angustia es el que llega a consulta con un cuerpo afectado, padeciendo pero con la posibilidad de que el *Je*, sea el que en todo caso devenga.

Ahora, un punto de igual importancia reside en ubicar un par de consideraciones más en torno a la noción de la angustia como afecto, respecto a lo que Lujan señala: "...en el afecto se trata del cuerpo, pero más exactamente de los efectos del lenguaje sobre el cuerpo: esos efectos de recorte, de desvitalización, de vaciamiento del goce, es decir, según el término de Lacan, de "otrificación" del cuerpo" (Lujan, 2018:6)

En esa misma línea, secundando a Colette Soler (2011) va a destacar que en el texto los afectos lacanianos, donde se realiza un recorrido sobre cómo entiende Lacan a los afectos concluye que, "...no se conoce ningún afecto que no tenga respuesta corporal, y para pensar el afecto hay que hacerlo pasar por ese cuerpo. Entonces, aunque el afecto pasa por el cuerpo", en el caso de la angustia es indecible, amorfo, intentando apenas articularlo con el significante (Lujan, 2018:8)

Lo que nos permite acentuar las implicaciones en sus relaciones con el Otro, dado que el afecto en este caso la angustia, si bien es cierto afecta al sujeto no es del sujeto, pues si el sujeto se ve afectado en tal movimiento será como previamente argüimos por efecto significante.

Las condiciones de que se vuelva indecible es finalmente para subrayar que esto delata algo que no sabe el sujeto (*yo / je*) tomándole por asombro, entonces ahí en el efímero momento que se pone al descubierto de algo que dijo, algo que pasó, es en ese resquicio donde el sujeto se angustia, el sujeto así se juega en un acto fundante, instaurándose en un lugar donde hay una falta, condiciones imprescindibles para mostrarse.

Recorrido que nos permite en este momento acotar que las producciones que tienen lugar con los síntomas, formaciones sustitutivas o dicho con otras

palabras del inconsciente, son vías de las que se hace el yo cuando se angustia. Y el estudio de la angustia advierte además que tiene lugar cuando se capta al objeto *a*, especialmente ante la caída donde se pone al descubierto el deseo con relación al Otro, mismo que figura como un enigma, por lo que la angustia ha sido tomada como una especie de brújula del deseo que acontece en diacronía.

## CONCLUSIONES

La oportunidad de desarrollar inquietudes que motivaron esta investigación apartir de la teoría clínica en el campo del psicoanálisis parecen haber fecundado un ejercicio que posibilitó interrogar y al mismo tiempo ahondar las condiciones que contribuyeron en la elaboración de premisas acerca del estudio de la angustia como eje central de este trabajo, germinando ideas que articuladas con aportes teóricos hicieron posible para cada capítulo una lectura mesurada al dar cuenta de las piezas que constituyen determinados conceptos escuchados y hablados frecuentemente aunque con un dejo de ser obviados o con la impresión de no advertir las condiciones, el contexto en que se enarbolaron, tales como síntoma, inhibición, las variantes de la angustia en Freud, la angustia como señal y su distingo con Lacan así como la noción de objeto. Especialmente recuerdo el eco en la reiteración que a menudo escuché de frases como “la angustia es el afecto que no engaña”, sin siquiera advertir lo que el recorrido de este trabajo nos ha permitido clarificar y dimensionar.

Observando que, a partir del recorrido teórico realizado cada apartado permitió ir tejiendo los elementos que participan en el fenómeno de la angustia al mismo tiempo que los virajes y relaboraciones que remiten los aportes de la teoría freudiana como aquellos puntos de lectura que recuperamos de Lacan, concretamente para esclarecernos un tanto, lo que hizo retornar a cada autor al dar cuenta de lo inagotable que inaugura el estudio de tal tema.

Del primer apartado destacamos la inmanencia del discurso científico que atravesó la primera teoría en Freud, lo cual ciertamente si bien no es un material novedoso lo cierto es que permitió seguir la trayectoria que formula inicialmente en términos fisiológicos de la angustia, condición que va constituyendo uno de sus rostros, es decir uno de carácter biológico en el que las inervaciones motrices van hilando la noción de ésta como afecto, en ese tenor los afectos en psicoanálisis son colocados en el cuerpo, consideración que ciertamente se mantiene en los

capítulos subsecuentes no solamente para dar cuenta de su efecto, sino que paralelamente esto advierte un primer alcance de Freud, se trata de ubicar que el planteamiento en términos fisiológicos no alcanza a responder y profundizar en las condiciones ante las que adviene la angustia, menos aún la articulación con los síntomas.

Cuestión que el desglose del segundo y tercer capítulo retomaron por una parte con el material que la metapsicología y el retorno al texto de Inhibición, síntoma y angustia abona, al menos para pensar el entramado y los efectos que se producen con la angustia y síntomas, como las histerias, neurosis obsesivas y fobias, huellas que permiten el rastro para su estudio, y por otro, asentar la diferenciación conceptualmente entre síntoma e inhibición, así como el distingo entre miedo, angustia, y terror, lo que exhortó puntualizar la noción de objeto en Freud en contraste con la de Lacan, remitiendo acerca del primero, una representación que aducimos acompañada por una sensación da lugar a una idea que al vivirse como peligro desencadena la angustia, articulando la amenaza ante la presunta pérdida.

Queremos decir con esto, que la pérdida como un punto de corte inscribe la separación, un distanciamiento en todo caso de la madre como otro, para no quedar alineado, así respecto a Hans donde la fobia como síntoma en el niño acontece, consideramos que eso revela el fracaso que se ubica en términos simbólicos, queremos decir que no aparece la privación de la madre, entonces no sólo lo leemos como una salida para resarcir y tramitar los sentimientos de ambivalencia que apuntalan lo que convoca la angustia de castración, es decir que ese otro marque la ley, o instalar la función paterna como un límite despojándole de algo, sino que la pérdida yaza en la realidad como en el psiquismo, perder la persona amada o de la pérdida de su amor.

Aducimos entonces que se trata de una operación que faltó en Hans para no quedar atrapado o envuelto con el semejante, en ese tenor pensamos la fobia como síntoma que devela un esfuerzo para defenderse e intentar sostener un

borde ante las formas y extensiones en que permanece ese otro avasallante, barrera que parece presentar una falla, a la que en el capítulo dos nos referíamos.

Lo anterior lleva también a considerar una serie de hilos finos y el rebote de ideas que de habernos quedado en la lectura de Freud, no hubiesen posibilitado profundizar, puntos que con la lectura de Lacan tuvieron mayor alcance para plantear lo que se juega en las fobias como una propuesta desde el psicoanálisis.

En esa línea, abordar y retomar lo que atañe a ese otro además del Otro, nos aproximan a dimensionar las implicaciones que tienen lugar con la invención del objeto *a* que Lacan plantea, lo que nos traslada a un escenario que toma distancia de lo referido con la vuelta a Freud, en gran medida porque justamente no hay forma de captar ese objeto *a*, objeto sin el cual no es la angustia cierto, pero que su cualidad evanescente es un referente que implica una revisión más exhaustiva para ahondar tanto en las formas que el objeto *a* se muestra como su anclaje desde la topología, aristas susceptibles de retomarse como temas de investigación en otro momento, por lo que aquí fueron tratadas someramente.

Avanzando un poco más, nos autorizamos en situar que si en Freud sostuvimos que cuando parece que se avecina la falta deviene la angustia y eso remite su carácter amenazante, en Lacan diremos que se trata más bien de que la falta no falta, pero no falta en el otro, a razón de lo cual parece quedar cautivado, o tendiendo a fundirse con el otro, a ser ese uno que se desea con la ilusión de la completud, y al menos en Hans lo que averiguamos es que parece se lo tomó como una suerte de extensión, de colmar a la madre, quedando capturado por el deseo materno.

Así, la angustia como señal tiene lugar ante la hiancia, que si en Freud es ante la pérdida del objeto de amor que va a anunciar un apronte de displacer, entendido en términos dinámicos, económicos, para Lacan será ante el encuentro con el objeto *a* que revela una señal de lo real, lo imposible de alcanzar, el desconocer y no decodificar el deseo del Otro, ¿qué quiere de mí?, ¿que soy para él/ella?, son interrogantes que las más de las veces nos asaltan en un



acercamiento donde si bien se pone en juego el deseo, de tal encuentro que desata lo angustiante, siendo abrupto y sin mediación, nos vemos tomados por el estrago que se produce en el cuerpo, tendiendo a la fuga, la evitación, la vuelta, lo que parcialmente responde por decirlo de alguna manera en lo que acontece en determinados vínculos y en el síntoma que balbuceando alojamos en la clínica, intentando traducir la función que tiene y el papel que atañe al analizante.

Finalmente, un punto hacia el último apartado permitió acotar y esclarecer el posicionamiento del sujeto para enfatizar a qué sujeto nos referimos, específicamente en la teoría de Lacan, tomando las acepciones de los pronombres *je* y *moi*, para subrayar el desvanecimiento del propio sujeto quien emerge como efecto de los significantes, cuando él es hablado y en la enunciación por retroactividad aparece algo que le convoca y pone al descubierto, algo desconocido es donde incide la angustia, elemento que no ubicamos en la lectura que de Freud hemos hecho hasta este momento pero que nos parece fundamental tener presente en el manejo conceptual que hacemos al tomar como referente las aportaciones del psicoanálisis al hacer clínica, replanteándonos el efecto de las intervenciones.

## BIBLIOGRAFÍA

Ballesteros, D. & Suarez, E. (2019) La noción de fantasía en la obra de Freud, antecedente del concepto de fantasma de Jacques Lacan. Vol.5

Freud, S. (1986) *Manuscrito E ¿cómo se genera la angustia?* (1894). Vol. I Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, 2ª ed.

Freud, S. (1986) *Manuscrito F. Recopilación III* (18 y 20 de agosto 1894) Vol. I Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.

Freud, S. (1986) *Manuscrito L. Anotaciones I.* (2 de mayo de 1897) Vol. I Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.

Freud, S. (1986) *Manuscrito N. Anotaciones III* (31 de mayo de 1897) Vol. I Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.

Freud, S. (1986) *Carta 52* (6 de diciembre de 1896). Vol. I Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.

Freud, S. (1986) *Carta 59* (6 de abril de 1897). Vol. I Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.

Freud, S. (1986) *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia* (1895 [1894]). Vol.III, Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.

Freud, S. (1986) *“La herencia y la etiología de las neurosis”* (1896) Vol.III, Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.

Freud, S. (1986) *Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa* (1896). Vol.III, Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.

Freud, S. (1986) *Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y*

- de ciertas psicosis alucinatorias* 1894). Vol.III, Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Freud, S. (1978) *.Mi tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis.* (1906 [1905]) Vol. VII. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 1ª ed.
- Freud, S. (1986) *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908). Vol. IX. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Freud, S. (1986) *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909) Vol. X. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Freud, S. (1986) *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos* (1913 [1912-13]) .Vol.XIII. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Freud, S. (1984) *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915). Vol. XIV. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Freud, S. (1984) *Lo inconciente* (1915). Vol. XIV. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Freud, S. (1984) *La represión* (1915). Vol. XIV. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Freud, S. (1984) *Conferencia 17. El Sentido de los síntomas.* Vol. XVI. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Freud, S. (1984) *Conferencia 23. Los caminos de la formación de síntoma.* Vol. XVI. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Freud, S. (1984) *Conferencia 25. La angustia.* Vol. XVI. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Freud, S. (1984) *El yo y el ello* (1923). Vol.XIX. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.

- Freud, S. (1986) *Inhibición, síntoma y angustia*. (1926 [1925]) Vol. XX. Obras completas. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed.
- Gómez, G. E. (2010) *Estudio sobre la angustia en la obra de Freud. Últimas concepciones (1926-1939)*. Revista de Psicoanálisis, 10, 167-184.
- Lacan, J. (1961-1962) *Seminario 9. La identificación. Versión crítica*, Edición completa, traducción de Ricardo Rodríguez Ponte; Ed. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J. (2005) *De los nombres del padre*. Paidós. Argentina
- Lacan, J. (2006) *Seminario 10. La angustia*. (1962-1963). Paidós, Argentina
- Lacan, J. (2013) *Seminario 16. De Otro al otro (1968-1969)*. Paidós, Argentina.
- Laplanche, J. (2000). *Problemáticas I. La angustia*. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Pizarro Obaid, F., (2012). *Intervenciones freudianas sobre el problema de la nerviosidad: la neurosis de angustia como crítica al paradigma neurasténico de la modernidad de George M. Beard*. Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental, 15(2), 278-292.
- Rivera Salazar, J. L., Murillo Villa, J. A., & Sierra Rubio, M. Á. (2007). El concepto de neurosis de William Cullen como revolución científica. Enseñanza e Investigación en Psicología, 12(1), 157-178
- Zanchettin, J. F. (2013). El horror en Freud. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires